TOMO CXV.

CONVOCATORIA 1913-1914.

BIBLIOTECA PATRIA

Los suaves milagros

POR

FRANCISCO VILLAESPESA

OVELA
LAUREADA

PREMIO
Juana y Rosa Quintiana

Pre

LOS SUAVES MILAGROS

ES PROPIEDAD

R-127320

Biblioteca PATRIA de obras premiadas. — Tomo CXV.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
BIBLIOTECA
HISTORICA

LOS SUAVES MILAGROS

1
AT
806

NOVELAS CORTAS ORIGINALES

DE

Francisco Villaespesa

OBRA LAUREADA CON EL PREMIO

JUANA Y ROSA QUINTIANA

OFICINAS:
BAILÉN, NÚM. 35, PRINCIPAL
MADRID

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

La buena novela, la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.

MARCELO MACÍAS.

(Lemas de la «Biblioteca»)

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas á la autoridad de la Iglesia.—*La Dirección.*

Obra laureada

Esta obra ha obtenido el premio

JUANA Y ROSA QUINTIANA

instituido en memoria y honra de sus finados, para el fomento de las **Buenas Lecturas**, por estas nobilísimas bienhechoras de la moralidad, el casticismo y el arte en las obras literarias.

... y lo recordarán, elogiarán y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.

EL OBISPO DE JACA.
HOY ARZOBISPO DE TARRAGONA.
(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).

LOS SUAVES MILAGROS

I

El viejo y altivo castellano, arrodillado devotamente á las plantas del Santo Ermitaño, narraba con sincera y profunda emoción todo el trágico y llameante desastre de su vida; de aquella larga y tempestuosa existencia consagrada por completo á los más crueles y satánicos cultos del Vicio y del Crimen.

Sus manos feroces y acerbas de zarpa, se cruzaban, ahora, sobre el pecho, en un ademán suplicante de fervorosa imploración, ó se tendían desesperadas, al cielo, trémulas y angustiosas, en el supremo naufragio de sus últimas esperanzas.

En las tinieblas relampagueantes de sus pupilas sanguinarias, parecían abrirse na-

cientes y remotas claridades, como si en su fondo comenzaran á alborear los azules y vagos reflejos de una tácita y milagrosa aurora de paz y de consuelo inefables.

Y por su voz, autoritaria y áspera, como forjada á martillazos sobre el hierro más duro, pasaban, á veces, rápidos enternecimientos de armiño, suavidades y frescuras desconocidas, algo así como el aroma purificador y embrionario de una promesa de primavera...

De cuando en cuando se detenía tembloroso y espantado, como si de súbito, á la material evocación de cada nuevo episodio, sus ojos se desvendasen, y por primera vez sintieran todo el horror y todo el vacío del tenebroso é insondable abismo, en el que se fueron hundiendo, uno tras otro, sus días fugitivos y estériles, arrebatados por el frenético torbellino de las pasiones más violentas.

El Santo Ermitaño, sentado en tosco y miserable escabel de madera, le oía inmóvil, imperturbable, en la augusta serenidad de su recogimiento, con los codos apoyados sobre las rodillas, y con la frente, pálida y mustia de meditaciones, reclinada en la eucarística blancura de sus manos escuálidas y exángües.

Era flaco, enjuto y retorcido, como si estuviese formado por las más hondas, puras y ocultas raíces de la oración y de la abstinencia.

Una luminosidad suave y penetrante parecía fluir de todo su sér, espiritualizando la severidad ascética de sus facciones, magnificando con su esplendor de fastuosas púrpuras imperiales la miseria sórdida y raída de su pobre sayal de estameña, y dando á la transparencia azul de sus miradas un divino fulgor de cielo en éxtasis, como si en su interior ardiesen, alimentadas por la fe más ardiente, todas las maravillosas y perennes lámparas de la vida.

Bajo la apoteosis dorada y purpurea del crepúsculo, en la paz inefable y mística de la hora, por los rústicos senderos, floridos de penumbras, resonaban piadosamente las lentas y acompasadas salmodias de los peregrinos.

Austeros y graves, apoyados en sus santos bordones, y flotantes al viento las luengas guedejas desgreñadas, ascendían en largas filas, hasta la cumbre frondosa y abrupta, donde, entre el verdor húmedo de los álamos, albeaban los altos y esbeltos muros del milagroso santuario.

Por las enmarañadas laderas del monte,

por las cañadas olorosas y fértiles, y á lo largo de las riberas pródigas del río, los pastores dirigían al aprisco sus ganados, entre silbos de hondas, balar de corderos, ladridos de mastines, y trémulos y musicales desgranamientos de fláutas y zampoñas...

Las ovejas, envueltas en la indecisa polvareda crepuscular, descendían por las herbosas vertientes, ramoneando en las zarzas y en los saucos de los vallados y de las cercas, husmeando en los matorrales, y sonorizando el silencio con el claro y agudo temblor de plata y de cristal de las esquilas tambaleantes...

Los peregrinos paseaban lentamente entre ellas, con las manos extendidas derramando bendiciones; ahuyentando, con la santa eficacia de sus conjuros, todas las plagas y todos los maleficios que descienden sobre los rebaños.

Sus voces se derramaban en la brisa como un perfume de santidad:

—¡Que el divino y blanco cordero, que bala en los puros y fuertes brazos del Bautista, impida que los agudos dientes del lobo y las terribles garras de la pantera, que rondan por la noche en torno de los rediles se claven en vuestras nucas!

—¡Que la casta y alba paloma del Santo Espíritu ahuyente y ciegue con sus fúlgidos triángulos de luz á las águilas rapaces y á los inmundos quebrantahuesos, cuyas curvas y afiladas uñas, anhelan ensangrentar la cándida blancura de vuestros suaves vellones!

—¡Que las rastreras víboras del estío no viertan en vuestras venas la corrosiva ponzoña de sus mortales aguijones, cuando sesteéis á la sombra de los benditos árboles que alegran la amarillenta aridez de los rastrojos!

—¡Que nunca os falte la frescura del agua en las barrancas, ni la hierba del Señor en las praderas!

—¡Que ninguna epidemia os diezme, ni los aludes que ruedan de las altas cimas os arrastren al fondo de los negros precipicios!

—¡Que los blancos y rubios serafines que custodian las heredades, os libren del mal de ojo y del pernicioso influjo de esas malas gentes que atraen la desgracia por donde quiera que proyectan su sombra!

—¡Que vuestras ubres, repletas y desbordantes siempre de la más pura y sabrosa leche, alimenten sólo buenos cristianos, temerosos de Dios, y que vuestros finos ve-

llones, hilados en ruecas de plata por manos de vírgenes princesas, cubran las místicas desnudeces de los santos en los altares perfumados con mirra, áloe é incienso, y abriguen á los humildes de corazón que buscan un refugio en la casa de Dios!...

—¡La bendición del Señor y todos los dones del cielo caigan perennemente sobre vuestras cabezas y las de vuestros dueños!

Y los blancos corderos, como agradecidos de aquellos santos augurios, refregaban humildemente sus finos y húmedos hocicos en los pardos sayales de los penitentes.

Algunos, más familiares, llegaban hasta lamer con sus lenguas ásperas y lijosas, las manos endurecidas, y las plantas desnudas y llagadas de haber regado con su sangre las asperezas de todos los caminos.

También los pastores, dando pruebas de profunda veneración, se arrodillaban á su paso, abandonando el cayado y la zampoña á orillas del sendero, para ofrecerles, en ingénuas y devotas actitudes, que evocaban las viejas y piadosas adoraciones natales, sus odres de cuero, rebosantes de fresca leche, y sus cuencos de madera, desbordantes de hidromiel.

Algún mastín, agitando el hierro de su

carlanca, y estremeciendo festivamente la larga y lanuda cola, humedecía sus amarillentos y retorcidos colmillos en las bullentes é irisadas espumas de un torrente que, con estruendos de cascada, rodaba atronante entre las rocas, perlando de plata las campanillas y los nardos silvestres que se balanceaban como incensarios á los soplos de la brisa.

El esquilón de la ermita rezaba el Angelus...

Una paz inefable, una maravillosa beatitud parecía bajar de los altos cielos, azules de serenidad, cobijando y recogiendo á la tierra bajo la sombra de sus blancas é inmóviles alas de Arcángel, perfumando de una suprema religiosidad los campos adormecidos, purificando la atmósfera y los pensamientos, y dándole al crepúsculo mágicas y sobrehumanas sonoridades de laudes de plata y de arpas de cristal...

Éxtasis puro y santo de la hora, donde todo parece diluirse en una plegaria silenciosa, en un desmesurado anhelo de inmensidad, en una quietud de infinito anonadamiento, en un divino mutismo, en el que se acallan milagrosamente los más rebeldes tumultos del corazón y de la conciencia!...

Manos invisibles de suavidad y de con-

suelo encadenan, con frescas guirnaldas de lirios en flor, todas las fierezas y voracidades del deseo; y á su amparo las conciencias se abren para purificarse, como esas flores que solo dan su fragancia en el misterio de las sombras...

¡Hora solemne y pía!... para arrodillarse al borde de los caminos que conducen á los santuarios é inclinar nuestra altivez, hasta besar filialmente la pródiga tierra de la que fuímos amasados!

Permanecer así, con los labios pegados á ella, respirando su aliento purificador y absorviendo sus jugos maternales, hasta que sintamos florecer en nuestro cuerpo y en nuestra alma las rosas celestiales del milagro, mientras el blanco y blondo Arcángel del crepúsculo eleva hasta la apoteosis de los altos cielos profundos, en las alburas de sus manos, como manojos de místicas azucenas, la inmaculada pureza de nuestras íntimas plegarias!...

II

El viejo y altivo castellano, postrado de hinojos, con los labios casi pegados al oído del Santo Ermitaño, como temeroso de que alguien pudiese respirar el aliento de sus palabras, proseguía purificando su conciencia con la narración detallada y minuciosa de su historia...

Sus manos crispadas y sus ojos desmesuradamente abiertos, se tendían á los cielos en la angustia desesperada de una suprema imploración, y la bárbara y ríspida maraña de sus barbas, de un gris casi plata, se arremolinaba encrespada y fosca, fluctuante sobre la adamasquinada coracina, á los violentos impulsos de su respiración acongojada y jadeante.

Eran narraciones sombrías y medrosas, de esas que se glosan á media voz, con bruscos escalofríos de pánico, al rescoldo del hogar, bajo las ámplias chimeneas campesinas, en las largas y lluviosas veladas invernales, mientras que la ventisca, con sus gélidas alas de murciélago, azota las vidrieras, y el viento, aullando como un alma en pena, estremece los muros y hace

crujir y saltar los oxidados herrajes de las viejas puertas desvencijadas.

A su recuerdo, se despiertan y santiguan despavoridas las doncellas, cuando caen, lentas y graves, como los golpes secos de un azadón sobre la tierra de una fosa, en la cóncava soledad del silencio, las doce plañideras y fatídicas campanadas de la media noche.

Y en todos estos relatos flameaba fieramente su penacho de guerra, el alma dura y cruel del altivo caballero.

Fortalezas tomadas á sangre y fuego, en la impetuosa violencia de los asaltos nocturnos...

Entre las llamas y el humo del incendio, el estrépito de los bastiones que se derrumban y los ayes de los moribundos, manos cruzadas se tendían suplicantes, implorando clemencia, y voces angustiosas, en los desesperados estertores de la agonía, clamaban misericordia en el santo nombre de Dios...

Y el puñal se hundía violentamente en las carnes, á través de los intersticios de las armaduras, buscando el corazón, y las ferradas mazas caían, como martillos de jayanes, sobre los cráneos indefensos, haciéndoles saltar deshechos...

¡Ricas y poderosas abadías, saqueadas sin compasión, con la brutalidad más desenfrenada del pillaje: el hacha de armas destilando sangre en la mano y la blasfemia espumajeando rabia en la boca!

Las lámparas rotas; las Sagradas Formas pisoteadas sacrílegamente; las santas imágenes, escarnecidas y mutiladas, con las cabezas truncas rebotando sobre la marmórea y maravillosa policromía de los mosáicos bizantinos, mientras en los cálices cincelados de oro, en los ciborios relucientes de gemas—votivas ofrendas de la paciencia devota y el fervor exaltado de los más hábiles y famosos artífices—hervía el vino de los sacrificios rituales mezclado con la sangre aún cálida y humeante de las pobres víctimas, en las manos brutales de la soldadesca, ébria de placer y de crímen; y sobre la santidad de los altares, extendían sus tálamos infamantes la violación y el estupro...

Raptos á media noche, sobre las grupas de salvajes corceles, bañados de sangre desde las crines revueltas hasta los cascos martilleantes, tendidos como flechas, en un galopar desenfrenado y frenético, por un fondo humeante de desolación y de ruinas...

Nobles y hermosas doncellas, desgarradas las vestiduras y ahogadas por la férrea presión de las mordazas, se retorcían desesperadamente entre sus brazos de acero, en carreras apocalípticas, á través de los bosques talados y de las llanuras asoladas...

Las deshechas y sueltas cabelleras, tendidas á los vientos de la noche, humeaban entre los resplandores y las chispas del incendio, como antorchas recién apagadas...

Su crueldad insaciable necesitaba á cada instante nuevas víctimas que inmolar, nuevos y más truculentos manjares con que nutrir á tantas fieras monstruosas como rugían de hambre en el obscuro y profundo cubil de su alma.

Todos los días las voraces aves de rapiña revoloteaban, graznando, en torno de las altas torres de su castillo, para devorar los miserables despojos de los cadáveres que pendían de los garfios de las almenas...

¡Con qué furia picoteaban aquellos pobres ojos inyectados y vidriosos por el trágico espanto de la muerte, que á los rayos del sol parecían arder, encendidos por intensas y sobrehumanas cóleras, como reclamando al destino un castigo ejemplar para su implacable verdugo!...

A veces su crueldad tenía refinamientos inauditos, rasgos tan trágicos y á la par tan grotescos, que espantaban...

Cosía á sus enemigos en pieles de terneras recién degolladas, y los lanzaba de esta guisa á los montes más inhospitalarios para que sirvieran de presa á las alimañas de los bosques ó cazarlos de nuevo con sus jaurías de perros salvajes, entre las carcajadas de sus monteros que con sus corvos y afilados cuchillos los remataban...

Sus festines habían alcanzado una lúgubre popularidad en todos aquellos reinos, y más de un juglar había encontrado en ellos motivo para las más espantosas farsas y los más espeluznantes romances...

¡Cuántos nobles convidados á su mesa después de una orgía digna del más monstruoso Sardanápalo, serpentearon de dolor bajo el delirio alucinante del veneno, mientras el anfitrión, con su látigo de piel humana y sus silbidos de chacal, azuzaba á sus famélicos mastines para que con sus dentelladas hiciesen más espantosa la agonía de aquellos infelices!...

Jamás en el estéril granito de su alma, rígida, dura y tenaz como una espada, pudo florecer el santo lirio de la piedad y la celeste violeta de una buena acción...

Se reía burlonamente de las lágrimas, con la misma insolente truhanería con que celebraba los gestos dislocados y las piruetas inverosímiles de sus histriones...

Desde la cima inexpugnable del rocoso picacho, donde se alzaba, como un verdadero nido de águilas, su almenado y fuerte castillo solariego, entre el estruendo de los cuernos de guerra y los alaridos de sus mesnaderos, descendía hasta el fondo de los valles, como una avalancha, á cuyo paso todo desaparecía y se aniquilaba en la desolación más espantosa...

Los aldeanos se santiguaban al oír su nombre, como si nombrasen á Satanás, ó apareciesen, nublando los cielos, esos negros y confusos nubarrones que anuncian, en los fértiles días del verano, el pedrisco que mata á las mieses ó la terrible tempestad que desborda los ríos y destruye las cabañas...

Los burgos y las alquerías comarcanas, porque los libertasen de las furias del indómito castellano, hacían desbordarse de ofrendas votivas las capillas de sus santos patronos...

Grandes cirios de cera vírgen ardían perennemente en los floridos altares, y entre el humo de los incensarios y los acordes de

las arpas y los laúdes, la multitud, arrodillada, cubierta de ceniza como para una expiación, elevaba al cielo sus rogativas...

A su presencia, las rodillas más firmes se doblaban, los rostros más varoniles palidecían, y las matronas grávidas sentían los dolores dislacerantes del aborto...

El viejo castellano recordaba ahora, con espanto, sus propias hazañas, y al narrárselas al Santo Ermitaño, parecían quemarle los labios, con todos los fuegos del infierno.

Legiones interminables de espectros resucitaban en su memoria, en un aquelarre espantoso, cuyos aullidos de dolor y gritos de venganza atenazeaban su corazón en un suplicio diabólico...

Algunos, entreabriendo con sus manos esqueléticas los rotos sudarios ensangrentados, le mostraban en gestos que le hacían erizar de espanto los cabellos, húmedas aún, como si fueran recientes, las antiguas heridas...

En la noche atribulada y obscura de su espíritu rugían los vientos acusaciones terribles y fatídicas amenazas.

¿Qué has hecho de mi hijo?—prorrumpía el fantasma de una pobre madre, á quien él mandara un día, como rico presente de

cumpleaños, envuelto en fastuosos paramentos de tisú y oro, el cuerpo desnudo y acribillado de saetazos de su único hijo, tendido sobre un azafate de plata repujada, tan grande y pesado que cuatro fornidos mesnaderos apenas podían sostenerlo.

¡Devuélveme á mi esposo!—le recriminaba en la sombra la voz desgarradora y lacrimosa de una joven condesa, á quien arrojó con una catapulta, la cabeza canforada de su marido, hecho prisionero en una traidora celada, cuando, desarmado, con el gerifalte al puño y en los ojos la alegría del amor y la vida, salió á volar garzas, á los días siguientes de sus nupcias.

Pero lo que más le atormentaba era la imágen de una bella y noble infanzona, á la cual su ferocidad había hecho apurar todos los tósigos del infierno.

Su recuerdo se interponía siempre, como una sombra, en su camino, obligándole á detenerse espantado, erizado el cabello, sin atreverse á volver el rostro, por miedo de encontrar, expiándole para martirizarle, aquellas grandes y azules pupilas llorosas, cuyas miradas las sentía penetrar en su corazón como la fría hoja de un puñal asesino...

Muchas veces, en plena orgía, apartó la

copa de sus labios, al contemplar su silueta, muda é inmóvil, acurrucada tras un tapiz ó como formada por el aliento de algo muy misterioso, esfumarse en los borrosos cristales de los ámplios espejos, y el vino se derramó en la alfombra sin que él lo gustase...

Y la veía ahora, como siempre, allí, á su lado, igual que se le apareció la vez primera, cuando, desmelenada y lívida, cruzó el puente del castillo, para arrojarse á sus plantas, implorando la vida y la libertad de su padre: un anciano infanzón á quien había apresado yendo de romería al sepulcro del Santo Apóstol de la Cristiandad, y que retenía, con la esperanza de un espléndido rescate, en una de las mazmorras de sus prisiones...

Bajo el velo trémulo de las lágrimas, sonreía inefablemente la gracia espiritual de su hermosura, evocadora de aquellas madonas dolorosas que inmortalizaron los ingénuos pinceles de los primitivos en los frescos claustrales de Pisa y de Siena.

A la contemplación de tanta hermosura y de tanta inocencia juvenil, una idea satánica pasó de súbito por la mente del castellano, y bajo sus negros y ásperos mostachos una sonrisa triunfal dejó al descubier-

to, por un instante, la cruel blancura de sus dientes de lobezno.

Fingiendo una conmoción profunda y un arrepentimiento sincero, alzó galantemente á la hermosa doncella, y mandó que, libre de grillos y de cadenas y con todos los honores correspondientes á su alta alcurnia, condujesen al padre al más suntuoso de sus salones señoriales, aquel donde, sentado en una especie de sólio con dosel blasonado, acostumbraba á recibir el homenaje de sus deudos y de sus vasallos.

Sus hombres de armas se miraban extrañados de tanta y tan desusada magnanimidad, trocando en voz baja expresiones de asombro, y señalando en la belleza y en la juventud de la infanzona las verdaderas causas de aquel, para ellos, incomprensible milagro.

En el umbral apareció la grave y austera figura del anciano, seguida de pajes y escuderos.

Los regatones de las picas golpearon, en su honor, cinco veces el suelo, y las trompetas de oro dejaron escapar sus vibrantes clamores.

El castellano se inclinó ceremoniosamente ante el anciano, y sin darle aún tiempo para caer en los brazos de su hija, ordenó

á sus sicarios que le encadenasen fuertemente á una silla de fuego, bárbaro suplicio con el cual solía solazarse.

Y mientras el infanzón se retorcía de dolor, á su presencia, sin que le apiadasen súplicas ni lágrimas, entregó á la hija á la lubricidad vinosa y repugnante de sus bufones.

Al día siguiente, en los muladares del castillo, los cuervos y los perros salvajes se disputaban los despojos de dos cadáveres, mientras en los bosques cercanos atronaban el silencio matinal los roncos ecos de las trompas de caza y el jadeante ulular de las jaurías del castellano...

III

Y su vida fué siempre una constante orgía de sangre y de infamias, sin que jamás pasase por sus ojos la sombra del más leve remordimiento.

Pero á medida que el frío inexorable de la edad iba helando sus venas, una tristeza horrible, tenaz y lenta, se adueñaba de su corazón, y un hastío asqueante y progresi-

vo anublaba y ensombrecía todos sus placeres.

Muchas veces, en sus escandalosos festines, donde parecían congregarse todas las más absurdas locuras del vicio y de la ostentación, cuando estaba en todo su apogeo la bacanal, se le había visto salir tambaleándose de la sala, para deshojar, en el rincón más oscuro y apartado de su castillo, las guirnaldas de rosas y de verbenas, que como una evocación de paganías, ornaban sus sienes...

Hasta en los mismos brazos del amor había sentido este tedio demoledor y corrosivo como una ponzoña que le impelía á arrojar del lecho á latigazos, á la impúdica cortesana ó á la rústica doncella, arrastrada hasta él por la dura y odiosa ley de la servidumbre.

¡Cuántas veces se detuvo aterrorizado, como si le petrificara el espanto, en los umbrales de alguna estancia ó en las encrucijadas de algún camino, creyendo ver sombras hostiles que le acechaban, puñales desnudos alzados sobre su cuello!

Espectros sangrientos, en cuyas facciones creía adivinar rasgos ya conocidos...

El rumor de las cascadas que rodaban ante sus pasos, el murmullo de las flores-

tas estremecidas por el viento, el chirrear de una puerta desvencijada, el taladrar angustioso de una carcoma en el silencio de su cámara, todos los rumores de la soledad y el silencio, hasta el latir de su propio corazón, todo le amedrentaba, porque creía escuchar en todo amenazantes cuchicheos y terribles imprecaciones.

Y á medida que su cerebro se iba poblando de pavorosos fantasmas, sus fuerzas disminuían, y las pesadas armaduras y los guerreros arneses se cubrían de polvo en la ociosidad y en el abandono.

Los pueblos y los señoríos comarcanos, después de medio siglo de contínuos sobresaltos, pudieron, al fin, dormir tranquilos sin que el bronce de las campanas les llamase á rebato.

Los atalayas no descubrieron, desde hacía muchos meses, á los rayos de la luna, el resplandor acerado de las cotas y de los yelmos de sus mesnadas...

—¡Nuestro señor se ha vuelto loco!... Hoy ha dejado escapar una presa segura. Unos ricos mercaderes provenzales que iban en peregrinación á besar el sepulcro del Apóstol Santiago, camino de Compostela... Desde las cumbres de esas montañas los han visto los vigías atravesar descuidadamen-

te las ásperas guajaras de los desfiladeros...

—La edad ablanda los dientes de los lobos y la mano de nuestro señor no puede ya sostener la gloria de su espada.

Este diálogo, que sorprendió una noche al rescoldo del hogar, entre los dientes de dos de sus más fieles secuaces, fué la última llamarada de su cólera, la postrera explosión de sus violencias.

Sin hablar una palabra, cogió del yar el grueso tronco de encina que en él se consumía, tan pesado, que dos bueyes apenas si pudieron trasportarle hasta la poterna, y con él, esgrimiéndolo como si fuese una débil caña, aplastó las cabezas de los murmuradores...

Desde entonces sus manos no habían vuelto á derramar sangre humana, y una terrible inquietud había sido como la sombra de su cuerpo.

En vano consultó á los más famosos astrólogos: el cielo permanecía mudo á sus deseos.

De noche no podía conciliar el sueño.

Se revolvía febrilmente en su lecho y si alguna vez sus párpados, fatigados, se cerraban, un sobresalto súbito y una terrible pesadilla le estremecían de nuevo.

Creía sentir ruído de cadenas, como si mónstruos ocultos se estuvieran preparando para arrojarle á las más ardientes y voraces gehenas.

Y lívido de espanto y de cólera, saltaba del lecho, y empuñando la espada, acuchillaba en las tinieblas á los fantasmas, hasta caer rendido, sudoroso, echando espumarajos por la boca, sobre las frías losas del pavimento.

Una noche, después de uno de estos espantosos delirios, sintió de pronto, como si una suave canción que fuese á un tiempo una divina claridad, se esparciera por las sombras que le rodeaban.

La luna plateaba el azul del jardín, sobre cuyos verdores se abrían las esbeltas ojivas del salón, y entre las ramas de un rosal, todo cubierto de rosas de nieve, se desgranaban en el silencio nocturno los armoniosos trinos de un insomne ruiseñor, con la misma sonora y dulce suavidad con que las flechas de diamantes del surtidor se desengarzaban sobre la concha de mármol de la fuente.

Era la flor de su alma que se abría, por vez primera á la voz de la piedad.

Y al día siguiente abandonó su castillo, y sin más compañía que sus remordimientos,

atravesando campos y montañas, cabalgó largas jornadas, como atraído por no sabía qué irresistible y misteriosa fascinación, en busca de la cabaña de aquel Santo Ermitaño, del cual se hablaba con profunda veneración en cien leguas á la redonda, afirmando que poseía el bálsamo divino que todo lo cura y lo purifica, el mismo bálsamo con que las tres Marías ungieron el cuerpo del Redentor antes de depositarle en el Santo Sepulcro.

IV

El Santo Ermitaño le oía inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin que la más leve contracción turbase la armónica y perfecta serenidad de sus facciones.

En las brisas campestres, impregnadas de romero, tomillo y mejorana, venían de cuando en cuando el eco de las salmodias de los peregrinos y el suspirar errante de alguna flauta lejana tañida por algún pastor en las agrestes concavidades de la montaña.

Y del fondo del valle, entre las vagas y

dispersas neblinas del río, se alzaba ondulando hacia el azul crepuscular, como un incienso votivo, el humo familiar de los casales y de los molinos ribereños.

—¡Piedad, piedad!—clamó sordamente el viejo castellano, en sus angustiosas tribulaciones de náufrago, abrazándose desesperadamente como á una suprema y definitiva esperanza á las flacas y sarmentosas rodillas del Ermitaño.

Y en su voz parecía desbordarse toda la infinita tristeza humana, en un ánsia de liberación y de consuelo.

El santo asceta alzó, por fin, su pálida frente: su larga barba descendió como un torrente de plata á lo largo de su pecho escuálido, arremolinándose como un remanso de espuma sobre sus rodillas, y colocando paternalmente sus manos exangües, de un blanco amarillo de marfil viejo, sobre el acerado capacete del humillado suplicante, exclamó con voz profunda y suave, con una voz tan consoladora y extraña, que parecía venir de otros mundos más serenos, sin que tuviese que atravesar garganta humana.

—Grandes son tus pecados, hijo mío; pero la misericordia del Señor es infinita. Su corazón no es como el de esos físicos que só-

lo curan las más leves dolencias. Para manifestar su omnipotencia, prefiere siempre los enfermos desahuciados, á aquellos á quienes ya cortaron la mortaja y encendieron las lámparas funerales en torno de sus lechos.

Su generosidad gusta ejercitarse en los casos extremos, arrebatando á las almas de las mismas garras de Lucifer.

Ten fe. Invoca su santo nombre con fervor, y El no te negará su ayuda, acudiendo solícito á salvarte del pecado en que vives y de los terribles castigos que te amenazan.

Quien no rechazó la mano del leproso y atrajo filialmente sobre su seno la rubia cabeza de la pecadora de Magdala; quien dió un rayo de su celeste claridad por guía al más cruel de sus perseguidores, Pablo de Tarso; aquel cuyas últimas palabras, sangrando en la cruz, con el costado desgarrado por la lanza y los labios amargos aún por la hiel de la befa, fueron de caridad y de perdón para sus propios verdugos, no puede abandonarte á tí, por más grandes que hayan sido tus pecados y tus crímenes.

Enciende tu corazón como una antorcha en la fe. Cierra los ojos confiado en su divina gracia, y camina sin temores, que la

mano del Angel que guió á Tobías te conducirá á través de las tinieblas, hasta la eterna luz de la gloria.

Alimenta con tus propias entrañas la Piedad y el Arrepentimiento, como las madres á los niños encanijados y raquíticos, con más fervor y cariño que si estuviesen sanos y fuertes.

La voz del castellano le interrumpió, en una ansiedad palpitante de esperanza.

—¿Y qué he de hacer, padre mío, para redimir todas las infamias y las impurezas de mi vida?

Y sus ojos, febriles de impaciencia, se clavaban en las serenas pupilas del cenobita, como pidiendo á ellas la respuesta que fuera el rocío y la paz purificadora del alma...

Mas ellas nada le respondieron, impasibles en su ciega serenidad de bruñido esmalte.

Sólo su voz volvió á perfumar de nuevo la paz del momento, con su purificante frescura de manantial.

—Nada más sencillo. Reparte tus riquezas, y á pie como un mendigo, sin más apoyo ni defensa que tu báculo de romero, sin más adorno que las caracolas de tu esclavina y sin otro abrigo que tu burdo sayal de

penitente, y sin más calzado que la piel de tus plantas, y sin más provisiones que las que depositen en tu mano extendida la caridad de las gentes, atraviesa los campos y las montañas, vadea los ríos, cruza los desiertos, y ve á arrojarte á los pies del Vicario de Cristo; y sus benditas manos, depositarias de las llaves del cielo y del destino de las criaturas, al bendecir tu frente, purificarán tu corazón de toda mancha, redimirán tus culpas, y harán que vuelva, para siempre, la paz á tu espíritu atormentado.

Y volvió á inclinar dulcemente la austera cabeza entre sus manos.

El viejo castellano dobló con honda pesadumbre la frente, como si se hubiesen desplomado sobre ella, de pronto, todos los maravillosos alcázares de su esperanza.

Y su acento se atrevió á suspirar, por fin, en el infinito agobio de su pena.

—¡No hay salvación para este pecador, piadoso Ermitaño! ¡No hay salvación!

¿Cómo voy á cruzar yo, pobre y achacoso, consumido por los sufrimientos y agotado por los años, los largos y peligrosos caminos que conducen á Roma?

Caeré muerto de fatiga en las primeras jornadas, sin que mis ojos hayan podido contemplar, siquiera á lo lejos, entre el pol-

vo del camino, resplandecer al sol de la gloriosa mañana, los altos y fuertes muros de la Ciudad Eterna.

Esa penitencia es superior á mis fuerzas... No podré cumplirla... ¡Y moriré irredento, condenado!

Y había en sus gestos y en sus palabras un dolor tan sincero y una angustia tan profunda, que el Santo Ermitaño volvió á levantar el rostro, compadecido de aquel pobre sér arrugado por los años y de aquella alma miserable, derrumbada bajo la desilusión de su última esperanza fallida.

Elevó los ojos al cielo, como pidiendo el divino auxilio para mitigar los dolores de aquel infeliz, y así, extático, permaneció orando algunos instantes, mientras el castellano esperaba sin atreverse á respirar siquiera, las palabras que habían de decidir su suerte por los siglos de los siglos.

El ascético rostro pareció transfigurarse en la ferviente imploración, y algo así como una paloma de fuego aleteó en sus oídos, mensajera de la celeste gracia.

—Hijo mío—murmuró, rompiendo el silencio embarazoso con la más suave dulzura de su voz—la piedad del Altísimo empieza á manifestarse en tu favor. ¡Loado sea!

Toma este cuenco de madera que me sir-

ve de vaso. Mis propias manos lo han tallado en una santa rama de olivo, de los mismos olivos que escucharon la divina oración del Huerto.

Toma este vaso y encamínate á la fuente; y en cuanto lo veas desbordarse de agua, tus culpas estarán lavadas, y podrás regresar tranquilo á tu castillo á esperar, sin temores, tu última hora.

Y poniendo en las temblorosas manos del viejo castellano su rústico y santo vaso, le dió su bendición, y lentamente desapareció entre los frondosos árboles que prestaban sombra á la cabaña.

—¡Alabado sea el santo nombre del Señor!—clamó el castellano, cayendo de rodillas en acción de gracias, con los ojos y los brazos tendidos al cielo, en el cual fulguraba ya, como un tembloroso diamante, en un manto de seda azul, el resplandor del primer lucero.

Y así permaneció un largo espacio, mientras á lo lejos se oían los piadosos cantos de los romeros y la serena brisa de la tarde refrescaba su alma sedienta con la promesa cristalina y rumorosa de los arroyos y de las fuentes, que cantaban en las verdes laderas vecinas y entre las arboledas del fondo del valle...

V

Terminada la oración, empezó á descender ágil y alegremente por la verde ladera, como si las últimas y piadosas palabras del Santo Ermitaño, al abrir de nuevo su corazón á la esperanza, le hubiesen quitado de los hombros el fardo de tantos años, cargado de crímenes y de infamias abrumantes.

Al descender la abrupta pendiente, sentíase fuerte y ágil, como en aquellos bizarros días de su juventud, en que al frente de sus hombres de armas, cabalgaba armado de punta en blanco sobre su potro de largas crines, á ensayar las fuerzas de su brazo y la resistencia de su lanza, talando y corriendo los campos próximos, ó asaltando, en los caminos de Compostela, á los cortejos de nobles peregrinos que iban á cumplir sus votos y á dejar sus ofrendas en los altares del valeroso Apóstol de la Cristiandad.

La frescura del agua le obsesionaba. Sentía en el aire, dentro de sí mismo, en sus propios oídos, fuentes y manantiales que

surgían, arroyos y cascadas que rodaban, surtidores abriendo sus abanicos de pedrería, y hasta el rumor sordo y tenaz del mar cercano, fundiendo todos sus rumores, concretando todas sus armonías en una sola, para cantar á su esperanza de redención la lauda y fresca epifanía del agua.

Y ansioso, trémulo de impaciencia, como quien busca un rastro salvador, las huellas luminosas de un ángel para escapar de un diabólico laberinto, registraba entre los matojos floridos del camino, hiriéndose á veces en las zarzas, creyendo encontrar entre las rocas revestidas de musgo y acaireladas de hiedras y rosales silvestres, la fuente salvadora, cuyas claras aguas habían de purificarle de toda escoria, absolviendo á su alma de toda culpa y dándole de nuevo la pureza inmortal de las nieves y de los astros.

—¡Bendita sea tu misericordia, Señor!— exclamé, loco de júbilo, al contemplar á la sombra de tres finos y altos álamos, cuyas siluetas gentilicias se idealizaban en la luz melosa y suave del crepúsculo, el chorro saltarín y deslumbrante de gemadas irisaciones de una fuente.

El agua surgía entre los labios de un tritón de piedra, toscamente tallado, para ali-

viar la sed de los peregrinos que iban á llevar sus votos á la Virgen milagrosa que se venera en el santuario de la cumbre.

El agua surgía musical y cristalina entre los belfos pétreos, rompiéndose en ellos en un arco de plata, que al caer en la ancha concha de jaspe, se desgranaba, como un fúlgido collar, en un milagro de perlas de espuma que rociaban las hierbas del suelo de fugitivas titilaciones deslumbrantes de iris.

Un húmedo perfume de violetas recién abiertas amortiguó la fiebre de sus sentidos exaltados.

Dobló de nuevo la rodilla, y su mano, trémula de emoción y de ansiedad, alargó el santo vaso para recoger en su seno la purificadora refulgencia del agua...

Mas al aproximarlo á sus labios, encendidos por la sed ardiente de su espíritu, anhelante de paz, se quedó espantado.

¡El vaso estaba vacío!

No podía dar crédito á lo que veía.

Se refregó los ojos con el dorso de la mano, como si quisiera arrancarse una venda.

Pero todo fué inútil. El vaso estaba vacío... La fuente seca...

¿Le habría engañado su propia ansiedad, haciéndole ver una fuente donde no la ha-

bía, como engaña el espejismo con sus quiméricos oasis y sus ciudades fabulosas, á los calenturientos beduinos extraviados y enloquecidos por la sed, en las asfixiantes arideces del desierto?

Creyó sentir de nuevo el claro y armonioso rumor del agua.

Era la brisa, que agitaba las altas y finas ramas de los álamos.

Ilusionado otra vez, sin querer dar crédito á sus sentidos, volvió á arrodillarse y á tender el vaso.

El agua salvadora no surgía.

Palpó la piedra y la encontró aún húmeda, como si acabara de cortarse la corriente.

Una idea iluminó de súbito su incertidumbre, y volvió á sonreir á la esperanza.

Los monjes del santuario, ¿sólo dejarían correr sus caños de sol á sol?

Esperó, esperó inútilmente, y rendido de fatiga, agobiado bajo el peso y la balumba de tantas y tan contrarias emociones como habían agitado y conmovido su espíritu en aquella tarde, estrechando contra su corazón, como un amuleto sagrado, como una reliquia venerada, el tosco vaso de madera, se fué adormeciendo al pie de la fuente, mientras en la copa de los álamos lanzaba un

ruiseñor sus frescos trinos de cristal, saludando á la plata fluída de la luna, que se alzaba majestuosa en los altos cielos profundos, glorificados de estrellas.

Y la voz del ruiseñor era, en el silencio de su ensueño, como el desgranarse de un surtidor en una límpida y refulgente lluvia de perlas.

VI

Despertó de su desvanecimiento cuando ya los rayos del sol iluminaban de plano la tierra.

Una nueva sorpresa le reservaba su mala suerte. Se encontró en la adusta soledad de un camino accidentado y escabroso, á orillas de una vieja fuente de piedra, cuyo caño, carcomido por la herrumbre y cubierto de polvorosas telarañas, parecía muerto hace muchos siglos á las fecundas y fugitivas caricias del agua.

Unos pobres álamos raquíticos, casi esqueléticos, deshojábanse de sed en torno suyo; y la hierba del suelo tenía ese tinte de miseria y de abandono que distingue á

los rastrojos en los áridos secanales, color de lepra, de esterilidad y de fiebre.

¿Había sido todo una de las mil abominables pesadillas que solían asaltar su corazón después de una dolorosa vigilia de espantosos remordimientos?

¿En qué lugar maldito de expiación se había despertado? ¿Dormía aún y todo continuaba siendo un sueño?

Tendió los ojos, para orientarse, por el ámplio y magnífico paisaje que á sus pies se extendía, y un largo y hondo suspiro de satisfacción hinchó de nuevo su pecho.

A lo lejos, en el fondo paradisiaco de un valle primaveral, entre molinos y granjas rodeados de huertos y jardines maravillosos, serpenteaba, mansa y suavemente, el azul claro y cristalino de un río ancho y caudaloso.

En los remansos, dorados de sol, se reflejaba la fertilidad exuberante de las floridas y frondosas riberas, bajo la claridad celeste de los altos cielos serenos.

Una sonrisa de beatitud se aterciopeló en sus labios, duramente contraídos por el desencanto, y haciendo memoria de todo cuanto le aconteciera el día anterior, y recordando las piadosas y consoladoras palabras del Santo Ermitaño, sintió su corazón

abrirse de nuevo á la esperanza, y disiparse, como los vapores de un mal vino después de un sueño profundo y largo, los temores y las pesadillas que empañaban su fe.

—¡Bendita sea la luz del Señor, que deshace las tinieblas y nos señala el verdadero camino!—exclamó, postrándose de hinojos y besando fervorosamente la tierra.

Y después, como atraído por la fascinación del lejano panorama del río, empezó á descender al valle, en una desenfrenada carrera, como si á la vista de las aguas se hubiese encendido más, en lo más profundo de sus entrañas, la hoguera voraz de su sed insaciable.

Corría con agilidades impropias de las fatigas de tantos años, espantando en su carrera á los verdes é irisados lagartos que tomaban perezosamente el sol entre las ásperas lajas donde tienen sus nidos.

Las aves del cielo volaban también, á su presencia, con esos largos y oblícuos vuelos de las palomas azoradas cuando sienten cernerse en los aires las alas del alcón.

Su manto de púrpura, franjeado de armiño, se desgarraba á girones en los cactus agudos y punzantes como moharras de lanzas y entre la aspereza espinosa y adusta de las zarzas y los majoleteros floridos.

Las plumas de su airón se extremecían á los vientos, desprendiéndose rotas del rico joyel de oro que las abarcaba entre sus broches de pedrería, como raras y sangrientas palomas.

Sudaba bajo el férreo agobio del arnés, saltando zanjas, bordeando precipicios, y abriéndose paso entre las espesas jaras del monte y el intrincado laberinto de la selva.

En un claro del bosque se detuvo un instante, jadeando de fatiga, casi extenuado.

Arrancóse, en un esfuerzo desesperado, el hebillaje de la coracina, y arrojóla, en unión del capacete, entre unos matorrales.

Una blanca bandada de palomas huyó asustada, ensombreciendo por unos instantes la refulgente claridad del cielo.

El castellano prosiguió con más ahinco su carrera, hasta que sus plantas se hundieron en las húmedas arenas de las orillas del río, haciendo saltar al agua á las amodorradas tortugas que se bañaban en la luz gloriosa del mediodía estival.

Y allí se detuvo, perplejo, asustado, al contemplar por vez primera en el espejo de la corriente, su figura miserable, donde la edad y las penalidades habían puesto su trágica máscara, desfigurando su rostro con arrugas tan profundas, que parecían sur-

cos, empañando el fulgor de su mirada con sombras de expectrales apariciones, y haciendo emblanquecer sus luengas barbas y sus cabellos enmarañados.

Aguijoneado por la sed horrible de su espíritu, se inclinó sobre la corriente, dobló las rodillas y tendió el vaso...

Mas de súbito, como arrebata el viento, en las frágiles inconsciencias de un sueño, los maravillosos paisajes y los encantados alcázares que constituían nuestro éxtasis, desapareció todo lo que le rodeaba, y se encontró tendido en el cauce pedregoso y extéril de una barranca desolada.

Y sin embargo, claros y sutiles rumores de agua parecían subir de profundidades ocultas hasta sus oídos atentos, como si alguna surgiente invisible fuera á romper la dura y última costra del granito que la aprisionaba, para resucitar al arenal que se pudría de sed bajo la modorra solar.

Pero la fuente no surgía: el misterioso alumbramiento quedó de nuevo detenido y encarcelado, hirviendo de ansiedad por desbordarse, entre las durezas irreductibles de las rocas de no sabía qué lejanas montañas, ó quizás en el fondo aún opaco y granítico de su propia alma.

Y otra vez le sorprendió la noche, des-

fallecido de cansancio y desesperación; dormido sobre la esterilidad eterna de los arenales, apretando contra su corazón irredento, como la única reliquia de su esperanza, el vaso sagrado, en cuyos bordes el Santo Ermitaño había esculpido toscamente los misterios y los milagros de fe de aquel dulce Rabbí de Galilea que había amparado á la adúltera, resucitado á Lázaro y redimido, con su perdón y sus palabras, á la hermosa é infatigable pecadora de Magdala...

VII

El viejo y altivo castellano caminó muchos días buscando, en vano, la salvadora purificación del agua.

A su paso, se secaban las fuentes, cegábanse las cisternas, los ríos se hundían de pronto, como por arte de encantamiento, entre las arenas de los cauces, y hasta el rocío negaba á los cálices de las flores su frescura renovadora y fecunda...

Sus pies sangraban sobre el terruño desbastado, como si anduviese sobre carbones

encendidos. Y sus labios y su alma, su vida entera, parecían retorcerse y chirrear entre las voraces llamas de un incendio inextinguible.

Se había extraviado en un seco y amarillento erial, donde sólo alguna higuera raquítica y empolvada mostraba al sol, como sus llagas los mendigos, la miseria de sus verdores de leprosa...

Sólo se oía la somnolienta y alucinante vibración de la cigarra.

De pronto, cuando era más abrumante su fatiga, sus ojos contemplaron á lo lejos, bajo el incendio del sol, la bella silueta de una esbelta mujer, que con el ánfora de barro sobre el hombro, como en los viejos retablos bíblicos, regresaba cantando de la cisterna.

La gentileza de su figura, el ritmo de su paso y la suavidad oriental de sus facciones, evocaban á aquella gentil y generosa Samaritana que, en una hora de sed semejante y en un arenal parecido, ofreciera á los labios abrasados del Nazareno, la frescura de su cántaro, á la sombra de las palmeras y de los tamarindos, junto al brocal de la cisterna...

La gentil doncella continuaba avanzando.

Cantaba una canción ingénua y suave... Y su voz y sus cantos tenían dulzuras de panal y rumores de agua corriente...

El castellano la detuvo con un gesto de súplica.

—Santa y bella mujer, por el amor de Dios, dame un poco de agua de tu ánfora, la suficiente para llenar este tosco vaso de madera!

Vengo muerto de sed y de fatiga, y si tú no me socorres, caeré desfallecido en estos arenales, para servir de pasto á las águilas que se ciernen en el azul y á los chacales famélicos que aullan en las montañas vecinas!

La doncella apoyó el ánfora en el seno, y en un gesto de invitación, inclinando hacia adelante las arrogancias de su busto, ofreció, como un labio humano que se entrega al beso, la boca de su cántaro al vaso del castellano...

Pero el milagro del agua no se hizo...

El ánfora estaba vacía...

La doncella le miró aterrorizada, y como si hubiese tropezado con ese genio infernal que ronda alrededor de las cisternas, para saciar la sed de sus apetitos en la sangre de las inocentes zagalas que van á llenar en ellas sus vasijas de barro, hizo tres ve-

ces la señal de la cruz, y huyó, dejando caer al suelo su cántaro...

El anciano se desplomó exánime, sobre las arenas, agotadas sus fuerzas, y sintiendo ya en sus miembros secos pasar, como un brusco escalofrío, la sombra fugitiva de la muerte...

—¡Señor, no me abandones! ¡No me dejes morir así, despojado de tu gracia y condenado al eterno fuego del infierno!—suspiró en un esfuerzo desesperado y supremo de agonía...

Toda su pobre alma, desfallecía en la terrible angustia de sus palabras...

Y sintió algo así como si unos brazos invisibles le sostuvieran, levantándole del suelo...

Y sus ojos se abrieron de nuevo á la esperanza, al contemplar entre un rasgón de la niebla la inmensidad azul y rutilante del mar cercano, que le ofrecía convertida en oro por los rayos del sol, la eternidad inagotable de sus ondas sonoras...

Y la corriente de agua interior, vencida por fin la dureza granítica de la última costra que la encarcelaba, parecía ya próxima á estallar y desbordarse por su alma, para purificarle de toda mancha y absolverle de toda culpa.

VIII

Y comenzó á caminar por las arenas, en busca de aquel mar que se abría á su desfallecida esperanza, como un maravilloso ensueño de redención.

El rumor polifónico de las olas tenía para sus oídos un encanto irresistible y fascinante, como si resucitase en él todo el antiguo y mágico prestigio del eterno mito de las sirenas.

Oía divinas músicas en el viento; tañidos de laúdes y suaves orquestaciones de arpas de cristal y oro, que subyugaban sus sentidos, despertando en ellos percepciones desconocidas, anhelos jamás imaginados é imprevistas embriagueces...

Algo inefable se iba abriendo en el fondo de su corazón, como una flor de maravilla que surge en la hendidura de dos rocas sobre el abandono de una tumba olvidada.

Y sus pasos se hacían cada vez más ligeros, dejando sobre las arenas regueros de sangre...

¿Mas qué importaba la sangre y el can-

sancio y las heridas, y todos aquellos dolores que se agudizaban en las miserias de su carne, ante la suprema serenidad, ante el deliquio inefable, ante la seráfica beatitud en que se iba arrobando su espíritu?

Ya aspiraba la fresca caricia de las olas en las brisas salobres... Ya salpicaban sus pies desnudos las blancas espumas...

Pero el mar retrocedía, como huyendo de la profanación de sus plantas...

Y el viejo castellano, exhausto, rendido, jadeante y sudoroso, corría tras el oleaje sin que jamás lograra alcanzarle.

Hubo un momento en que no pudo más.

Sus rodillas se doblaron, sus ojos se tendieron al cielo, y de sus labios lívidos y secos se escapó aquella queja desconsolada que la angustia del Hijo de Dios elevó á su Santo Padre, al morir en la cruz para redimir los pecados de los hombres:

—Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

La corriente por fin, rompió su última clausura.

Una frescura súbita ascendió de lo más profundo de su corazón, inundándole todo, hasta llegar á sus ojos y deshacerse en sus pestañas...

Una lágrima, la primera lágrima de su

vida, surcó sus mejillas, y fué á caer en el fondo del tosco vaso de madera...

Y el vaso se desbordó de un agua clara y dorada que, al derramarse sobre los secos arenales, les hizo florecer en una primavera de rosas de milagro, mientras los ángeles y los serafines, en la apoteósis gloriosa del cielo, agitando sus turíbulos y tañendo sus arpas de oro, clamaban en un coro de melodías infinitas las más bellas é inmortales palabras de redención:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

EL NARRADOR DEL DESIERTO

I

Dos veces todos los años, el viejo narrador del desierto, levantaba las largas y pesadas cortinas de púrpura, que impedían la entrada á su tienda, y aparecía en el umbral, envuelto en sus ámplias vestiduras blancas, grave y solemne, con la majestad de un profeta que se dispone á traducir, en el mísero lenguaje de los hombres, los misteriosos conceptos sobrehumanos, que entre el fragor del trueno y el deslumbramiento del relámpago, le fueron revelados en la cima de una bíblica montaña.

Dos veces al año el narrador del desierto, estendía sobre el umbral de su tienda una gran alcatifa franjeada de seda, tejida con extraños arabescos de hilos de plata,

que al enlazarse en el centro formaban un maravilloso jeroglífico...

Gravemente, como el que cumple un rito sagrado, colocaba en el centro de la alcatifa, un cojín de cuero negro sobre el cual resaltaban complicados adornos de oro, interrumpidos de cuando en cuando, por pequeños óvalos de ámbar, que le daban vitales fosforescencias felinas. Y este cojín le servía de asiento.

Siempre escogia para empezar sus narraciones, esa hora silenciosa y dulce en que el sol declina, cuando es más intenso y puro el azul diáfano de los cielos, curvado sobre la inmovilidad broncínea de los palmares lejanos.

A su espíritu extático y contemplativo, le parecía aquel momento el más oportuno y propicio para interpretar, en palpitantes relatos, el sentido misterioso y oculto de las más herméticas profecías.

Hacía mucho tiempo que le conocía la gente de aquellos contornos, y aunque solo se dejaba ver dos veces cada año, su recuerdo permanecía muy vivo en el corazón de los beduínos, y su nombre era siempre el motivo más familiar de sus veladas, bajo la luz de plata de la luna, en torno de las cisternas, ó junto á las empalizadas que

guardaban los rebaños de la voracidad hambrienta de las fieras.

Como desconocían su nombre, le llamaban simplemente el Narrador del Desierto.

Su fama se había extendido tanto en lenguas de la admiración, que no existía un solo aduar desde las montañas del Líbano hasta las extensas planicies del Hegiar, en el que no se conociese y reverenciase su nombre.

Su tienda permanecía cerrada durante todo el año, como tabernáculo privado de celebrantes y de adoradores.

Se afirmaba que despues de derramar sobre los hombres el armonioso consuelo de sus parábolas, perfumadas de la más santa piedad, emigraba, siguiendo el vuelo de las cigüeñas, á desconocidos parajes inaccesibles á toda humana planta, á bosques intrincados de fabulosos prodigios, donde la voz divina se hace oír en el bramar espumoso de los torrentes, en el rugir de las béstias feroces, en el silbato agudo y cortante de las serpientes, y hasta en el estremecimiento fragante de la brisa, al animar los altos cañaverales floridos de campanillas silvestres.

Algunos murmuraban, en voz baja, casi al oído, como si relatasen algún misterio

inaudito, que al extinguirse las últimas palabras de sus narraciones, desaparecía con el crepúsculo, y transformado en sombra iba á perderse, invisible, en la profundidad azul de la noche, hasta volar á las más ocultas y remotas constelaciones, para luego descender de ellas, con el alma henchida, como una copa colmada, de todos los tesoros inauditos que encierra el Misterio.

Había quien juraba haberle visto, bajo la claridad de perlas de la Luna, dibujar en el suelo con una varita metálica extraños jeroglíficos, siguiendo los vagos contornos que proyectaban las sombras de los altos ramajes de las palmeras.

Los rudos pastores que conducen sus manadas de cabras negras y lanudas á pastar en los amarillentos herbajes que crecen, raquíticos y miserables, á orillas de las cisternas, ó entre las blancas rocas calcinadas de las montañas del Irak, aseguraban en voz baja, estremecidos de espanto, que la tienda del narrador del desierto estaba guardada por monstruosos dragones que impedían todo acceso á sus umbrales.

Siempre que el viejo macho cabrío de retorcida cuerna, que servía de guía á sus rebaños, había intentado aproximarse á ella, al rozar con su hocico áspero y húme-

do los tapices de la entrada, había tenido que retroceder, dando saltos y cabriolas alocadas, como si hubiese sentido en su lengua lijosa y sucia, la picadura de una de esas víboras que se enroscan á los matorrales secos, hambrientas de infiltrar su veneno, en esas horas asfixiantes en que el sol agosta y suprime hasta las sombras de los troncos desnudos y leprosos de las higueras salvajes y de las altas pitas polvorientas.

¿Por qué sucedía ésto?

Porque los dragones que custodiaban la tienda del narrador del desierto, soplaban sin ser vistos, por entre las rendijas de la tienda...

Y su aliento era abrasador y ampollante, como el del simoun que devora y calcina los restos de las caravanas...

Una vez, uno de esos guerreros nómadas de cabellos teñidos de azafrán y coronados con guirnaldas de muftí, de esas flores que tornan invulnerables á los que se adornan con ellas, en la serenidad de una hora crepuscular, tuvo la mala ocurrencia de disparar, en un gesto de desprecio y de burla, una flecha, al interior de la tienda del narrador del desierto...

Mas apenas la flecha hubo partido, sil-

bando, del arco firme y vibrante, guiada por el brazo duro y el ojo experto, como si rebotase en un escudo de diamante, tornó hacia fuera y fué á clavarse violentamente en el ámplio y velloso tórax del arquero.

El guerrero nómada abrió los brazos y espumajeando rabia y angustia, cayó exánime sobre las arenas, y la guirnalda de muftí se enrojeció de repente con los cálidos tonos de la sangre viva...

Se decía también que un fakir, de luengas y blancas barbas y enmarañados cabellos, tan largos que flotaban sobre sus hombros como un manto de armiño, llegado de las remotas regiones donde el Ganges arrastra su corriente sagrada entre bosques de encanto y ciudades de misterio, ansioso de averiguar lo que ocultaba la tienda, había obligado, en una tarde de oro y de púrpura, á una inmensa boa que le acompañaba en su larga peregrinación, á introducirse en el retiro impenetrable del narrador del desierto.

Apenas la serpiente introdujo su achatada y avizorante cabeza de ojos fascinantes, entre los cortinajes de la entrada, se vió su largo y escamoso tronco encojerse y vibrar, ondular y retorcerse, como si un yatagán invisible la hubiese cercenado...

Y al expirar, en los angustiosos estertores de la agonía, extranguló entre sus anillos el cuerpo mísero y centenario del sabio fakir.

II

¿Quién era aquel extraño y ambiguo narrador del desierto?

¿De qué tierra remota, de qué apartadas y desconocidas regiones venía?

¿Cómo y de qué vivía durante el resto del año?

Nadie sabía nada, y el misterio impenetrable que le envolvía, el halo milagroso que fulguraba sobre su frente, como una corona de oro y de estrellas sobre la blancura casta de su turbante, le daban mayor prestigio á su figura y un encanto sobrehumano á sus palabras.

En toda aquella tierra, estéril y ardiente, comida por el sol como por una lepra, y devorada por su propio ardor, como por un fuego interno, se le profesaba una veneración tan grande y tan profunda que casi rayaba en idolatría; y su palabra, las dos veces al año en que él la derramaba, como

una música de consuelo y de esperanza sobre el corazón de la muchedumbre, era reputada por todos, no como si saliese de una humana garganta, sino como escapada, en un soplo de revelación, de los labios inmortales de un Dios.

Se esperaba con temblores de mística impaciencia, que su mano descarnada y sutil, mano acostumbrada á palpar lo impalpable, alzase la larga y pesada cortina que cubría la entrada de la tienda, como se esperan las claridades frescas y benéficas del alba, después de una larga noche de monstruosas pesadillas y de febriles insomnios.

El acto apacible y sencillo de extender la ámplia alcatifa, que el narrador colocaba en el umbral de la tienda, con la majestad grave y serena de un profeta que se dispone á derramar sobre los mortales obscurecidos en su ignorancia, la luz viva y goteante de paz que despiden las palabras divinas, era comparado por todas aquellas gentes, al gesto bíblico de Moisés, al tocar con su vara mágica la esterilidad dura y salvaje de la roca, para hacer surgir la epifanía del agua y calmar la sed del pueblo abrasado.

Al destilar sus panales de frescura el

agua, la alegría enciende las pupilas: al estenderse la alcatifa, las gentes, bajo sus mantos de lino, bajo sus pieles de camello, sentían sus corazones estallar de júbilo, y una frescura de serenidad, como un rocío del cielo, bajaba suavemente á refrescar sus almas agostadas por todas las áridas y terribles vicisitudes de la vida.

Alguno de esos hombres doctos que han encanecido á la luz vacilante y humosa de las lámparas, en la soledad del estudio, descifrando los viejos caracteres de los pergaminos, exclamaba, con lenta y sonora voz, entre el corro de los oyentes que se impacientaban en la espera:

—«El narrador del desierto es la encarnación viva y humana de la meditación.

No le es lícito hablar siempre que quiere, sino cuando sus labios están absolutamente puros para poder expresar las verdades que han fructificado en el fondo de su alma.

Mas cuando la meditación habla, las voces extrañas deben callar, hasta que puedan recibir en toda su integrante fecundidad, las palabras de la meditación, que son palabras maduras.

El más alto silencio se ilumina de estrellas, y el más profundo se entenebrece con la sombra de las tumbas.

El hombre no puede ni elevarse hasta aquél, ni descender hasta éste; mas viviendo entre el uno y el otro, debe saber coronar con palabras maduras la frente de la meditación.

Oigámosle en silencio, y que en el silencio nuestras almas se tiendan, como los labios sedientos, hacia la fuente de sus palabras».

Un humilde labrador del oasis de Betsabe, uno de esos pobres hombres que envejecen curvados sobre los surcos para llenar los trojes y vestir de oro y joyas á las odaliscas de los harenes de los Califas, añadió, suspirando en la gran serenidad azul y rosa del crepúsculo, la tristeza de la ancestral rebeldía de su raza, destinada por un negro y duro destino, desde la eternidad de los tiempos, á la más pesada servidumbre:

—«El rey de la tierra es solo un fantasma, si se le ve á la luz de la meditación.

Él no debe contemplar, delante del espejo, si la corona corresponde á su majestad sino buscar esta correspondencia, en el fondo de su conciencia, como el narrador del desierto la busca en la soledad y en el silencio de la meditación.

El hombre no ha nacido para subir estú-

pidamente á las doradas alturas del trono, sino para ascender sabiamente á las altas regiones del pensamiento.

La autoridad con púrpura y cetro, con atambores que la anuncien y con espadas y lanzas que la resguarden, no es más que una abominable superstición».

Un viejo mendigo, casi milenario, en cuyo rostro seco y arrugado parecían petrificarse todas las amarguras y cansancios de una vida errante, sin calor de hogar ni alegrías de amor, recitó, con su voz plañidera de pordiosero, mientras sus uñas ásperas y negras, se rascaban bajo los andrajos del manto, la miseria y la costra de sus llagas inmundas:

—«Subí ricas y jaspeadas escaleras, graderías de mosáicos, con los pies descalzos, porque temían los celosos custodios que mis gastadas sandalias de viandante enlodasen los mármoles de los magníficos pavimentos.

Empujé espléndidas puertas de sándalo importado de la India y de marfil traído en pesadas galeras del Alto Egipto, con mis trémulas manos enguantadas, porque temían los miserables guardianes, que con mis callosos dedos manchase el esplendor de las puertas.

Y cuando me hallé delante de los señores de la fortuna y del poder, los siervos esgrimiendo sus armas y blandiendo sobre mis espaldas sus látigos, me arrojaron de su presencia, temerosos de que con mi aliento apestase la ociosidad de sus señores.

Rechacé su limosna á tan humillante precio, y al rechazarla me sentí más grande que el poder y la fortuna.

Arrojé con desprecio los guantes, volviendo á contemplar de nuevo mis manos desnudas de toda humillación, y volví á descender las marmóreas escaleras, lavándome con tierra y agua mis pies antes de calzarlos y emprender mi camino.

El narrador del desierto, señor y rey del pensamiento, me acoje cordialmente sobre sus almohadones, aunque traiga remendado y hecho girones el traje, las sandalias cubiertas de barro y las manos callosas y sucias de arrancar para el sustento de mi boca, las raíces, del seno de la tierra.

Y no solamente me acoje y me da el signo de paz en el rostro, sin saber quién soy ni de dónde vengo, sino que con la madurez de su palabra sacia todas mis hambres.

El oro que socorre humillando, no es nada ni vale nada comparado con la palabra

que alimenta de fortaleza y de esperanza nuestras almas.»

Un célebre bandido, cuyo solo nombre hacía estremecer de pánico á los camelleros de las caravanas que cargadas de oro, especiería y piedras preciosas atraviesan, al son de los cascabeles, las estériles soledades del desierto, dijo, con acento duro y cortante, como la hoja de la cimitarra, en cuya empuñadura ornada de rubíes y de topacios apoyaba gentilmente el bronce bello y firme de su mano:

—«Cuanto más grande es la propiedad, tanto más virtuoso se hace el hurto.

Yo conozco á muchos grandes señores de la fortuna, los cuales me han enseñado, con sus acciones, la ciencia del robo, y yo la he aprendido de ellos para su propio daño.

Un día en que el hambre me impulsó á robar un pedazo de pan, fuí condenado.

Otra vez que un poderoso señor, con sus dádivas, me impulsó á violentar un cofre para robar unas joyas con que comprar el amor de una sultana, fuí magníficamente recompensado y sólo faltó que mi nombre fuese bendito en las oraciones de las Mezquitas del Islam, para que mi gloria no tuviera que envidiar nada á la de los más famosos califas de Damasco y de Bagdad.

Hoy he cumplido un acto piadoso, arrebatando su corona á un príncipe malvado, que no podrá acusarme sin acusarse.

Mi desprecio le salva; su vergüenza me redime.

¡Ciñamos su corona, que esparce vivos resplandores de carbunclos, perlas y esmeraldas á las sabias y nobles sienes del narrador del desierto!»

Todos los oyentes aprobaron la proposición, alzándose en un júbilo de gestos y gritos triunfales.

La muchedumbre rodeó la puerta de la tienda, agitando al aire, á manera de estandartes, sus alquiceles.

—Coronémosle con la corona del príncipe—gritaban todos, mientras el famoso salteador de caravanas la extendía sobre la frente pensadora del narrador del desierto.

Este, que acababa de sentarse sobre el almohadón de cuero negro para empezar la narración, les detuvo con un gesto sóbriamente irrevocable, y les habló así, alzándose de su asiento y elevando sus brazos á los cielos profundos del crepúsculo:

—¡Si yo ciñese mi frente con la explendida corona que fulguró su orgullo de gemas y de oro sobre los sienes de un malvado, yo perdería la mía!

Nada sirven los carbunclos, las perlas ni las esmeraldas .. La Verdad gobierna y brilla por sí sola, sin el vano y efímero esplendor de las gemas! Y yo solo quiero que la verdad corone siempre mis pensamientos!

Y el narrador del desierto volvió á disponerse á comenzar su narración.

Y cuando, con las piernas cruzadas se sentó sobre el almohadón de cuero negro, en el centro de la ámplia alcatifa, el silencio de la gente contenido en una respiración anhelante, se iluminó de repente con una vaga claridad de cielo.

Hasta la brisa, una leve brisa perfumada de frescura y de rosas, que venía de los oasis próximos, parecía aletear como una paloma sobre la blanca frente del narrador, en la paz serena y vaga de la hora fugitiva...

III

El narrador del desierto tenía profundos y rasgados los grandes ojos, encendidos y voraces como llamas.

En su fondo de fuego parecía arder, en un largo y deslumbrante martirio de púr-

pura, el alma milenaria y sangrienta de los más puros y límpidos rubíes del Oriente.

Las pupilas pensativas y tenaces de aquel que constantemente medita, á la luz expectante de las lámparas, en el silencio cargado de promesas y desbordante de augurios de la soledad, sobre la vacuidad de todas las pasiones humanas, asumen, con la lenta y prolongada fijeza de sus miradas, cálidos matices bermejos de misteriosas combustiones interiores...

Como el rocío bienhechor y purificante de las lágrimas no humedece jamás sus iris, su propia y persistente aridéz se congela en pétreos tonos de púrpura.

El narrador del desierto vestía una ámplia túnica de lino blanca como la nieve inmaculada que corona de pureza las cumbres inaccesibles del Hebrón, que descendía hasta sus piés en largos pliegues verticales, sujeta por un rico y precioso cinturón de damasco rojo, donde las perlas, los berilos, los crisopacios y el oro bordaban, al fundirse en enlaces y engarces irreales, máximas y sentencias koránicas, en un milagro resplandeciente de paciencia y de fervor.

Un manto de seda azul, de ese azul fosco y brumoso que centellea sobre las crestas del oleaje cuando siente estremecerse

sus entrañas á los primeros impulsos de la tempestad, flotaba sobre sus hombros hercúleos envolviendo en un prestigio celestial y marino las arrogancias de su busto y el misterio fascinante de su figura.

Una orla de esmeraldas daba fulguraciones de agua viva á la franja de terciopelo que le servía de fimbria.

La desnudez marmórea de sus piés exangües y finos, como si la sangre con la fatiga de los años y el cansancio de los largos caminos se hubiese ido apagando, se entreveía entre las ligaduras de la sutilísima piel que aseguraba á sus plantas las sandalias de cuero, teñidas de un rojo violento, como de sangre fresca.

Un turbante de gasa con ténues recamos de finísimos hilos de oro y plata, retorcido como una venda, envolvía su ancha y tersa frente, un poco abombada, como si estuviese grávida de los más grandes y generosos pensamientos.

Los cabellos copiosos y las luengas barbas patriarcales, con sus mórbidas candideces de plenilunio, luchaban contra la áspera y firme angulosidad de su rostro, plasmado en el misterio de la sombra más densa, de la tiniebla más dura.

Por fin sus labios se abrieron, como en

el fervor de una plegaria, y habló así, á la muchedumbre que ávida y curiosa le rodeaba:

—Gigante verdadero y poderoso solamente es aquel que se inviste de la fuerza indestructible é irrefrenable de su propia fe, y destroza sin temores su alma contra la amenaza misma. Así se convierte en rey de su propia conciencia, y es ungido con el óleo destilado de su propia voluntad.

Oid, todos los que tenéis oídos y anhelos de saber, para purificarse y perfeccionarse por medio de la sabiduría, aquello que en largas horas de recogimiento y de soledad, medité sobre el famoso libro de los Reyes:

Era llegado el momento de elegir Rey de Israel.

Un día, la sabiduría, encarnada en la austera figura de Isaí Bethlehemita, habló á Samuel en esta forma:

—Samuel, Samuel, para la elección de nuestro Rey no debes fiarte ni de la belleza del rostro ni de lo elevado de la estatura.

El hombre sólo ve las apariencias y la sabiduría escruta los corazones.

Has que tu elección sea digna de la grandeza del pueblo predilecto del Señor.

Henchido con el espíritu de la sabiduría su corazón, Samuel partió para Bethlehem,

en la tribu de Judá, y llamando á su presencia á Isaí Abinadab, le escrutó en los ojos, y moviendo tristemente la cabeza, lo apartó de su lado, diciéndole:

—No te puede elegir la Sabiduría para ceñir la corona de Israel.

Después se le presentó Isaí Samma, y Samuel de nuevo hundió la voracidad de sus miradas penetrantes de águila en las negras pupilas del bravo guerrero, y exclamó, con la voz un poco turbada:

—Tampoco á tí puede elegirte la Sabiduría.

Isaí Samma repuso:

—Ya que me crees indigno de ocupar el trono, ¿quieres escrutar los ojos de mis ocho hijos, á ver si alguno de ellos es digno de la elección?...

Samuel, condescendió, rogándole los fuera llevando á su presencia.

Isaí Samma le llevó siete, mas ninguno de ellos fué conceptuado por Samuel digno de subir al trono, á nombre de la Sabiduría.

Le dijo, entonces al padre:

—¿Y tu otro hijo, por qué no lo has traído?...

El guerrero contestó:

—Es el más pequeño, y está en el monte, conduciendo los rebaños.

—¡Tráeme al pastor!—añadió imperativamente Samuel».

El narrador del desierto, intercaló una pausa en su discurso, y elevó sobre las gentes sus ojos, en cuyos iris resplandecientes ardía, á los últimos rayos de la luz, como un vívido incendio de rubíes.

La muchedumbre había ido aumentando en torno suyo, como si el encanto de sus palabras, atrajese, para oirlas, hasta aquellos que vivían más allá de los desiertos y de las montañas nevadas del Hebrón.

Era todo un pueblo, ávido de la música consoladora que exhalaban sus labios.

Se veían mujeres con el ánfora llena de agua, á la cabeza, cuyos perfiles evocaban la sombra patriarcal y gracil de la Rebeca bíblica; damas de arrogante porte, vestidas de sedas y de oro, envueltas en el misterio sutil y perfumado de sus velos de gasa, conducidas dentro de pequeñas literas de púrpura franjeadas de plata, por bellos y fuertes esclavos de la Libia... Hombres de majestuosos semblantes, con cimitarras de pomos de pedrería y grandes turbantes constelados de gemas como fastuosas tiaras; viejos venerables, arrastrando sus mantos listados y sus plantas exangües al arrimo de sus báculos; niños y niñas como pája-

ros estremecidos de alegría bajo la candidez flotante y ondulosa de sus túnicas blancas.

Llegaban en largas y fantásticas caravanas, de sus casas lejanas, de sus aduares remotos, de las más distantes ciudades y por los más largos y polvorientos caminos, con los corazones ávidos y los oídos ansiosos de escuchar las maravillosas historias del narrador del desierto.

El cielo era como un ruego ardiente, como un voto inflamado; y los palmares se sumergían en la luz roja, y sus reflejos cálidos se extendían sobre la gente, como las palabras del narrador sobre las almas.

La voz, en el transcurso de la narración se encendía con el mismo color del cielo.

Él era el verdadero monarca de todo aquel pueblo, diverso en rangos, pero uno solo en la devoción, sugestionado bajo el dominio sonoro y maravilloso de su elocuencia.

IV

Continuó el narrador del desierto:

—El pastorcillo, el más pequeño de los hijos de Isaí, el que pastaba sus rebaños á las faldas de las montañas del Líbano, fué conducido á la presencia de Samuel.

Era bello, como una humana flor, con la cabeza de un contorno estatuario aureolada de cabellos blondos, con los ojos fulgurantes de prodigios azules que hacían pensar en los lagos montaraces, bajo el encanto supremo del alba y en las profundas lejanías de los dilatados horizontes marinos. Su rostro tenía ese tono rosado y áureo de las pomas que destilan sus mieles en el recogimiento fragante de los huertos de Octubre.

Era ágil y fuerte como los mastines que vigilaban el sueño de sus rebaños, al arrimo de los rediles.

Una piel ruda de cordero envolvía el candor de su cuerpo adolescente, de ámplio torax y finos miembros, que hacían pensar en la belleza tersa y rígida de esos arcos maravillosos que al curvarse siembran la muerte, y son como un vivo himno que canta la salvaje energía y el triunfo inmortal de la fuerza.

Era bello, ágil y manso como los corderos á quienes dejaba, en las horas del sesteo, bajo las sombra de los cedros, lamer sus largas y blancas manos de lirio, dignas de sostener un cetro de oro orlado de diamantes, y como creadas apropósito para arrancar de las argentinas cuerdas de las arpas inmortales armonías.

Cuando Samuel vió aparecer al pastorcillo, no osó escrutarle los ojos, como á sus otros hermanos, sino que cayó de rodillas, para venerarle, como si estuviera delante de una aparición sobrehumana.

Sostenían por entonces una larga y empeñada guerra, los israelitas contra sus vecinos los filisteos, y la sangre corría á torrentes por las fértiles llanuras de Donmím y por las feraces campiñas de Socho y Azoca.

En Israel reinaba Saul, cuya senilidad apagaba toda esperanza de dejar herederos que perpetuasen las glorias de su nombre.

Los filisteos eran mandados por Goliath de Geth, un guerrero espurio de tan gigantescas proporciones, que para sostener su casco de bronce y su loriga de escamas de plata se necesitaba el esfuerzo de seis hombres.

Una tarde, Goliath de Geth, armado de todas sus armas, y agitando en el aire su lanza que descollaba por cima de la copa de los más altos árboles, se adelantó, solo hacia las falanges israelitas, y desde un altozano, inmóvil, como la estátua de la guerra, empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones de cíclope:

—¿Por qué estáis preparados para la gue-

rra, si ésta puede terminar fácilmente, volviendo á reinar entre los israelitas y los filisteos la paz amiga que reinó en otros tiempos?

Para ello basta con que se vierta solamente la sangre de un campeón, ahorrando tantas y tantas vidas, como han de sucumbir en los próximos combates. Elegid uno de vuestros guerreros que pruebe conmigo su esfuerzo en un singular desafío.

Si él me vence, todos los filisteos serán siervos vuestros, y si yo lo venzo á él, vuestro pueblo será nuestro esclavo.

Yo desafío á todos los combatientes israelitas...

¡A ver si hay alguno que acepte mi reto!

Los israelitas y su Rey Saul oyeron en silencio las atronadoras palabras del gigante, y un temor profundo agitó todos los corazones. Las lanzas temblaron entre las manos convulsas de pánico, y el cetro del Rey Saul rodó por tierra.»

El narrador del desierto intercaló otra pausa en su discurso, y elevó sobre las gentes sus grandes ojos donde ardían en un incendio de rubíes los últimos resplandores del crepúsculo. Entre la multitud ansiosa de seguir escuchando, pasaba en aquella breve pausa como la sombra de una

angustia infinita, obscureciendo las almas y dilatando las pupilas en una ansiedad fervorosa.

Mas en la pausa, el silencio fecundaba de insólitos bienes á las mentes atónitas.

Una ánfora se desprendió de los hombros de una doncella rompiéndose en el suelo. Y al caer, la frescura del agua fué absorbida de improviso por la sed voraz de las arenas.

Un justo murmuró en voz baja, con los párpados cerrados, como para ver mejor en el fondo de su espíritu la claridad celeste que irradiaban sus palabras:

—Nosotros bebemos en el silencio las palabras de la meditación, como las arenas absorven esta agua. La piedad ha roto su ánfora para aplacar la sed angustiosa de la tierra.

El cielo, en el progreso de la hora se encendía, se empurpuraba en un incendio maravilloso de corales y granates... Y el largo y profuso crepúsculo de la Arabia era como un fervor de luz que ascendía, desde el barro mezquino de la tierra hasta las azules é infinitas exaltitudes de los cielos, como las llamas de un holocausto que el corazón de los hombres elevaba á la misericordia divina...

V

El narrador del desierto prosiguió su historia:

—También el pastorcillo que había entrado en el campamento custodiado por Samuel y seguido de una gran muchedumbre, oyó las insultantes palabras de Goliath.

Se paró de repente, y con las manos apoyadas sobre su cayado florido, con ramos de zarzas silvestres, exclamó, con la frente inclinada sobre el pecho:

—¿Qué premio le otorgaréis al que venza y destruya la arrogancia de este gigante filisteo, librando á Israel de la vergüenza de sus amenazas?

¿Quién es este atrevido filisteo, que tiene la osadía de retar á los ejércitos que custodian el Arca santa de la Sabiduría?

Se quedó asombrada la muchedumbre israelita, al escuchar tales palabras en labios de un adolescente, y algunos corrieron á referírselas al viejo Rey Saul.

Y Saul mandó que condujeran hasta su trono al pastorcillo de semblante rosado como las pomas de los huertos de Otoño,

de los cabellos blondos como la miel que destilan los panales de Bethsabéth y de los ojos fulgurantes de prodigios azules.

Bellísimo estaba el hijo más pequeño de Isaí Sanma, en su cándida sencillez. Parecía que de todos sus miembros fluía esa blancura casta y mística que se hace copa en los lirios.

El viejo rey Saul le habló. Y el pastorcillo con las manos apoyadas sobre su cayado florido de zarzas silvestres y con la frente inclinada le dijo:

—Ningún corazón debe estremecerse de espanto ante las amenazas del gigante. Yo el más humilde de tus siervos, iré á combatir contra él, y con estas mis pequeñas manos limpias de toda impureza, sabré abatir su orgullo.

Saul le respondió, pálido como un muerto, desde la altura de su trono resplandeciente de oro y pedrería:

—No es posible que tú puedas combatir con ese filisteo, porque eres un niño y él un guerrero fortalecido en los combates desde su más tierna infancia.

El pastorcillo recordó entonces que el enviado de la Sabiduría, Samuel se había postrado ante sus plantas para venerarle, y una onda de palabras venida de lo más

profundo de su alma, se desbordó como una fuente divina, por la flor roja de sus labios, y ante el Rey empezó á decir la parábola:

—«Conducia ¡oh, Rey¡ este siervo tuyo los rebaños de su padre, á pastar en las fértiles laderas de las montañas y en la frondosidad húmeda y fragante de los valles, y el león vino, y el oso vino, queriendo para saciar sus hambres arrebatarle los más tiernos y rollizos corderos; y tu siervo les persiguió y les arrancó de entre las fauces sus presas.

Contra mí se revolvieron para devorarme, y yo, con estas mis manos de adolescente, me aferré á sus gargantas, oprimiéndolas, hasta que la vida se escapó en un rugido de espanto.

Yo, el más humilde de tus siervos, he desquijarado leones y extrangulado osos contra mi pecho. ¿Cómo no he de saber abatir á tan orgulloso filisteo?»

El narrador del desierto volvió á detenerse y á elevar sobre las gentes sus grandes ojos donde ardía el alma de rubíes del crepúsculo.

La tarde llameaba, en una apoteosis intensa de púrpuras maravillosas.

VI

Continuaba la narración:

—Cuando el viejo Rey Saul, desde su trono de oro y gemas, oyó las palabras de la verdad, quiso revestir al pastorcillo con sus propias vestiduras, y ceñirle también su espada y su escudo de plata y su loriga de escamas de bronce.

Mas el pastorcillo, cubierto con tales arreos, se encontró tan embarazado, que apenas si podía moverse, pues ignoraba el uso de tales prendas guerreras, acostumbrado como estaba á la vida libre y salvaje del pastoreo, y á cubrir sus miembros sólo con pieles de cordero.

Viéndose imposibilitado por aquel férreo peso que habían arrojado sobre sus hombros, volvióse al rey y le dijo:

—Toda mi agilidad desaparece bajo el embarazo de estas prendas guerreras, cuyo uso me es desconocido.

Y despojándose de las armas y de las régias vestiduras, empuñó de nuevo su cayado, cogió del suelo cinco nítidas piedras, las cuales encerró dentro del zurrón de piel de cabra que pendía de sus hombros, y agi-

tando en su diestra su honda de esparto, alegre y risueño corrió al encuentro del gigante.

Goliath de Geth, apenas vió al bello adolescente que corría á su encuentro, lanzó una sonora carcajada que hizo temblar en un choque rudo de acero y de bronce sus armas de combate, y dijo con un tono insultante de desprecio en la vibración irónica de su voz:

—Me has tomado por un perro cuando así vienes, ¡oh, mísero y desventurado pastorcillo! á amenazarme con tu cayado?...

Y le volvió despectivamente la espalda.

Mas como el menor de los hijos de Isaí Samma prosiguiese avanzando, sin que le amedrentase su presencia, volvióse de nuevo hacia él, y añadió en son de sorna:

—Si das un paso más, imberbe y temerario mozalvete, te descuartizaré como si fueras un cabritillo, y ofreceré tu carne, como pasto á las aves de rapiña y á las fieras de presa, para escarmiento de atrevidos...

Mas, el pastorcillo, imperturbable, repuso con voz tranquila y semblante sereno:

—Tú me ultrajas defendido con el bronce de tu loriga, de tu casco y de tu escudo,

y armado de tu lanza y de tu espada, y yo te respondo en el nombre de la Sabiduría y en el nombre de los ejércitos que custodian el Arca Santa de la Sabiduría, á los cuales tú, hoy, has provocado injuriosamente.

En verdad te digo que la Sabiduría hará que mueras entre mis manos...

Cortaré, con tus mismas armas, tu cabeza orgullosa, para que sirva de trofeo á la gloria de mi pueblo, y dejaré tu cadáver y el de todos tus filisteos en estos valles que han visto tu osadía, para pasto á las aves de rapiña y á las fieras famélicas.»

El narrador del desierto volvió de nuevo á enmudecer, elevando sobre las gentes sus ojos de llamas donde resplandecían, en un largo y terco martirio de púrpura, los vivos ardores de todos los rubíes del crepúsculo.

Todos los semblantes revelaban una misma y crepitante ánsia interior...

La multitud tenía una sola alma... Y sobre aquella alma desnuda, el largo y profuso crepúsculo de la Arabia, desde el arco encendido de los cielos, disparaba infinitos dardos bermejos...

VII

La narración continuaba:

—Cuando Goliath de Geth escuchó las últimas palabras del pastorcillo, le miró de hito en hito, y con una sonrisa cruel y burlona en sus gruesos labios sensuales, avanzó hacia él, dispuesto á castigar tanta insolencia.

Pero el pastorcillo, apenas se dió cuenta de ello, rápidamente, sacó del zurrón de piel de cabra que sujeto por una soga de esparto pendía de sus hombros, una de las cinco piedras que en su interior encerraba, y con celeridad cargó con ella su honda. Y con un gesto ámplio y rápido de hondero, la agitó por cima de su rubia cabecita de adolescente, y en un fuerte embate, la piedra partió con la velocidad y la fuerza fulminante del rayo y fué á clavarse en mitad de la frente del gigante, en el sitio mortal donde los arcos de las cejas se unen en un leve trazo negro.

La frente dejó escapar un caño de sangre, y la gigantesca corpulencia del guerrero rodó por tierra, con los brazos abiertos en cruz y los labios espumajeantes de

rabia en los últimos estertores de la agonía.

Saltó el pastorcillo sobre el herido, y en medio del silencio y la estupefacción de ambos ejércitos, arrancó la espada de las manos del moribundo, y con ella de un tajo, le cercenó la cabeza.

Cogió, como un despojo leonino, de las ásperas greñas la testa sanguinante, y con ella regresó al campo de los israelitas, entre las aclamaciones de todos y el clamor triunfal de las largas trompas de guerra.

Depuso su trofeo ante las gradas del trono de Saul, y empuñando de nuevo su cayado pastoril, y liándose la honda á la cintura, así habló á la multitud atónita que le cercaba:

—Los pacíficos rediles donde balan los rebaños de mi padre, me llaman de nuevo, y á ellos torna el pastor, con su cayado, su honda y su zurrón de piel de cabra, para custodiarles de nuevo y conducirlos á la claridad azulosa del alba, mientras las alondras desgranan en la altura sus collares de trémulos trinos de oro, á pastar á las umbrías, entre las altas hierbas constela-das de diamantes de rocío...

Bajo la diafanidad de la aurora detrás de sus corderos que balan y ramonean, en-

tre las zarzas del camino, el humilde pastor entonará los más fervientes himnos en loor de la Suma Sabiduría.

Bajo la gloria del sol, mientras los rebaños sestean á la sombra de los árboles de las cañadas, al pie de alguna palmera cargada de frutos de oro, repetiré las mismas alabanzas sonoras.

Y bajo la clemencia suave y amparadora del crepúsculo, mientras, al son de sus esquilas tambaleantes regresan los corderos á sus rediles, los mismos cánticos en loor de la Suprema Sabiduría brotarán de mis labios.

«¡Samuel, Samuel, el elegido del Señor ha cumplido su voto y de nuevo regresa á cuidar los rebaños que su padre le ha confiado!»

Y con los ojos fulgurantes de prodigios azules, las mejillas encendidas, y revuelta y encrespada su rubia melena de león joven, el menor de los ocho hijos de Isaí Samma, perdióse corriendo á lo lejos del camino, sin hacer caso de las aclamaciones de la multitud que frenética de entusiasmo quería conducirle en triunfo sobre el escudo gigantesco de Goliath de Geth, el vencido campeón de los filisteos.»

El narrador del desierto se detuvo, y sus

ojos, donde iban extinguiéndose lejanos incendios de rubíes, no se elevaron, como de costumbre, sobre las gentes que en un silencio de religiosidad y de fervor habían oído sus palabras.

Con voz de profunda severidad, murmuró lentamente, mientras las últimas brasas del crepúsculo se desvanecían en la paz pródiga y celeste de los altos cielos serenos.

«El verdadero y potente gigante es aquel que solamente se reviste de la fuerza intangible de su fe, y arroja con denuedo su alma contra la amenaza para abatir el orgulloso poderío de ésta.

Él se convierte en Rey de su propia conciencia y es unjido con el óleo santo destilado de lo más recóndito y puro de su voluntad.

Si no vemos nosotros mismos mejor es para que podamos ver con los ojos de la Sabiduría.

Si no oímos mejor las voces exteriores es para que podamos escuchar más nítidamente la voz íntima y eterna que habla á nuestros corazones en el silencio de la meditación.»

Y al terminar estas frases, el narrador del desierto volvió á alzar sobre la multi-

tud, embriagada de fe por el raudal de su elocuencia, el fervor inflamado de sus pupilas, en cuyos iris cristalinos y graves, fulguraba un místico sueño de remotos rubíes.

VIII

Llegaba ya su término á la historia; el narrador del desierto recobró fuerzas, y prosiguió con voz cálida:

—Divulgado el triunfo del pastor adolescente, de todas las ciudades del Reino de Israel, acudían las gentes coronadas de mirtos y de rosas y vestidas de túnicas valiosas recamadas de oro, para celebrar la victoria, danzando en torno del Arca Santa.

Los más dulces cánticos perfumaban de alegría la frescura primaveral del aire.

Las rebecas, las harpas, los crótalos y las nubelias, exhalaban, en divinos suspiros de armonía, sobre la tierra florida el más sonoro aliento de los cielos, como si legiones de arcángeles, pulsasen con sus dedos de fragilidad y de dulzura, las argentinas cuerdas, celebrando la victoria del pueblo predilecto del Señor.

Millares y millares de labios frenéticos de júbilo, dejaban escapar en los vientos perfumados de incienso, de nardo y de benjuí, la alegría ilimitada de sus entusiasmos:

—El viejo Rey Saul, con todos sus triunfos, sólo ha conseguido matar mil filisteos, y el joven pastor, el hijo postrero de Isaí Samma, con uno solo, ha conseguido destruir diez mil enemigos.

¡Alabemos el brazo poderoso é invencible del joven pastor!...

Digno es por su valor de ocupar el más alto trono de la tierra!...

¡Digna es su frente juvenil de la más espléndida diadema!...

¡Glorifiquemos su nombre, grabándolo con caracteres de diamantes en el Arca de la Alianza, porque nos ha salvado del rencor y de las furias de nuestros enemigos, sometiéndolos á nuestro poder, como siervos que testimonian su esfuerzo»...

Volvieron á cerrarse los labios elocuentes del narrador, y esta vez tampoco sus ojos fulgurantes de rubíes se alzaron sobre la multitud.

Con sus diáfanas manos que ostentaban en los anulares dos cercos de coral y de ámbar y que tenían las uñas limpias y tersas como madreperlas, se cubrió el rostro

escuálido y pensativo, y un suspiro muy ténue y muy vago se escapó de sus labios.

Cuando el narrador del desierto levantó sus diáfanas manos de su rostro plasmado en sombra, sus labios volvieron á abrirse á la palabra, y así continuó:

—El viejo Rey Saul envidiaba la gloria de aquel pastorcillo imberbe, que se había hecho el dueño absoluto del corazón de su pueblo, y cuyo nombre era pronunciado por todos en un coro general de loores y alabanzas.

Hasta su propio hijo Jonatás, el futuro heredero de su poderío, sentía por el vencedor de Goliath de Geth, un afecto lleno de la más sincera admiración, que no en valde el adolescente protegido de Samuel estaba signado también por el halo resplandeciente de la Sabiduría.

Y el anciano monarca sentía, á cada momento, morder su corazón podrido de senilidad y de impotencia, los dientes voraces del rencor y de la envidia, esas víboras repugnantes y ponzoñosas que brotan siempre en los inmundos lodazales del odio.

Y por sus ojos velados por la edad pasó la sombra sangrienta del crimen, y una noche mandó á sus más fieles emisarios, al lugar donde pastaban los rebaños del hijo me-

nor de Isaí Samma, con objeto de que lo prendiesen y decapitasen en secreto.

Pero uno de los mismos que debían realizar sus siniestros designios, se los reveló al mismo Samuel y á algunos ancianos, y estas noticias pusieron en conmoción á todo el pueblo, que se alzó en armas contra el envidioso y decrépito tirano.

Así el juicio recto y severo del Señor vuelve contra los malvados sus propias armas, y los abate y fulmina con el mismo rayo que ellos encendieron en las sombras!»

Las palabras se fueron borrando, como desvanecidas en el silencio crepuscular...

Todos los oyentes inclinaron devotamente las frentes, á la santa evocación de la justicia divina, y los extertores sangrientos del ocaso se dilataron en un fervor de encendidos rubíes, en la profundidad de todas las pupilas.

IX

—...Un día, mientras el pastorcillo sesteaba á la sombra de un bosque de olivas, llegó en su busca un adolescente, cubiertos de polvo los cabellos y desgarradas las ves-

tiduras... Sus pies sangraban como si hubiesen recorrido largos y espinosos senderos.

Se arrodilló en señal de veneración á las plantas del pastor, é inclinándose respetuosamente hasta rozar la tierra, exclamó, con el aliento aun jadeante de fatiga:

—¡El Señor te bendiga!...

—¿De dónde vienes?...

—Vengo escapado del campamento de los Israelitas.

—¿Qué sucede? Habla...

—El pueblo ha abandonado el campamento; los filisteos han caído sobre él, pasando á cuchillo á todos los que quedaban. Hay montones de muertos, y entre ellos el Rey Saul y su hijo Jonatás.

—¿Y cómo sabes tú, que ellos también han muerto?

El adolescente, con la faz pegada á la tierra, prosiguió, aun más jadeante:

—Fugitivo cruzaba el monte Gelboe, y caído sobre su escudo contemplé, sangrando por varias heridas, al Rey Saul.

Caballos y carros y soldados le perseguían...

El anciano al verme pasar hizo un esfuerzo, se alzó un poco, apoyándose en un codo, y con voz desfalleciente, me dijo:

—¿Quién eres tú?...

—Soy un amalecita—le dije, inclinándome para ayudarle.

El rechazó mi auxilio, y con la voz desgarrada por el dolor, me pidió por todo cuanto hay de más sagrado en la tierra, que le rematase, porque su débil cuerpo no podía resistir los inmensos y múltiples dolores que lo dislaceraban, y ya su alma triste contemplaba con infernal espanto los extertores de su cuerpo aún vivo...

—Y tú ¿qué hiciste?—exclamó con profunda ansiedad el pastorcillo.

—Le obedecí porque sabía que no podría sobrevivir á su ruína.

Cogí la corona que aún ceñía su cabeza, la coraza que aún resguardaba su pecho, y el cetro de oro que aún empuñaba su mano, y aquí te los traje, á tí, el elegido de la Sabiduría, mi Señor en la tierra...

—Mas, ¿de qué país eres tú, que no has temido manchar tus manos con la sangre de un Rey?...

—Soy hijo de extranjeros: soy amalecita.

—Sufrirás tu castigo—añadió con voz terriblemente severa y como extraña á aquellos labios juveniles, el pastorcillo vencedor de Goliath de Geht.»

El narrador del desierto interrumpió de

nuevo su relato, y sus ojos se elevaron sobre la multitud, cada vez más sugestionada por el encanto sutil y maravilloso de su elocuencia.

En el gran arco del cielo parecía extinguirse el incendio vesperal. Mas en las pupilas del narrador del desierto brillaba aún más vorazmente el resplandor sangriento y fervoroso de los rubíes...

IX

«El pastorcillo, hijo menor de Isaí Samma, nacido en la ciudad de Bethlehem, en la tribu de Judá, fué Rey de Israel, y Rey justo y sabio, porque la Sabiduría estaba aposentada, como en un alcázar maravilloso, en lo más profundo de su alma.

Una sola vez pecó, porque todos los reyes pecan; más fué tan grande su arrepentimiento, lloró y gimió tanto, que ningún rey en la tierra se ha condolido y ha purgado con tanta sinceridad su culpa.

Reconoció públicamente su error, como no acostumbran aquellos que dictan las leyes, los cuales en su soberbia se creen infalibles.

Fué Rey de Israel, más fué al mismo tiempo Rey de sí mismo.

En su frente ámplia y pensadora, como si encerrase en su interior un mundo, nuestra Sabiduría es una corona de inmortalidad.

Recordad eternamente al pastorcillo David, el hijo menor de Isaí Samma, nacido en Bethlehem, en la tribu de Judá, y el más grande, el más justo y el más sabio de todos los reyes de la tierra.»

Y el narrador del desierto, al terminar estas palabras, dejó la alcatifa, alzándose solemnemente á la luz crepuscular.

Un murmullo corrió entre todas las gentes que en silencio le habían escuchado, con la misma religiosidad con que se oye un oráculo.

Él volvió á contemplar á las gentes con sus grandes ojos profundos, donde centelleaban los últimos rubíes del crepúsculo...

Después sacó de entre los pliegues de su manto un libro encuadernado en piel de camello, y antes de leer, extendiendo gravemente sus brazos, como en una bendición, sobre las cabezas de la muchedumbre, dijo con voz sonora y lenta, como los acordes de un harpa hebrea.

—En las prodigiosas narraciones de

vuestra Scherezada, se dice cómo el Emir Moussa y el *cheij* Abdossamad con sus compañeros, penetraron en una alta cámara de aquel edificio fabuloso, sostenido por cuatro órdenes de columnas de oro, de más de cuatro mil pasos de circunferencia.

Y dentro de aquella maravillosa cámara admiraron una mesa colosal de madera de sándalo, prodigiosamente trabajada, sobre la cual había, esculpidas en relieve, las palabras que voy á leeros y que vosotros repetiréis después á todos los reyes de la tierra que no sean al mismo tiempo reyes de sí mismos.»

Y el narrador del desierto, en la luz que agonizaba, leyó estas palabras de la leyenda de Scherezada, para que fueran repetidas á aquellos que no saben ser reyes de sí mismos:

—«Una vez, á esta mesa, se sentaron miles de reyes, unos de ojos ciegos y otros de ojos espléndidos. Ahora, todos en la tumba, sufren la misma ceguera.»

El narrador del desierto, cerró el libro.

La gente, aún más ansiosa de oír, pedía nuevas narraciones... Mas, el cielo se había ya hecho azul, como debieron ser los ojos del pastorcillo ungido Rey de Israel. La

primera estrella apareció con vivos temblores de plata.

El narrador del desierto se entró en su tienda, dejando caer tras él las cortinas de la entrada...

El aire parecía invadido del perfume de sus palabras, cálidas como el aliento del *simoun* que agita y devasta todo cuanto encuentra á su paso.

LAS PUPILAS DE AL-MOTADID

I

La luna se elevó majestuosa, semejante á un escudo de plata enrojecida, sobre las lejanas colinas cubiertas de cipreses, y en la cúpula del firmamento fueron adquiriendo relieves precisos y nítidos contornos metálicos, algunos cirrus, esparcidos y dispersos, como frágiles vellones de humo blanco en la indolencia serena y suave del azul profundo y cristalino de los diáfanos cielos de Oriente.

La marmórea terraza, perfumada por el aliento tibio y húmedo, casi humano, de los últimos rosales, resplandeció de súbito, en una fúlgida alborada de plata y nieve, bajo la fantasmagoría de aquella pálida luz del plenilunio, que al filtrarse entre los encajes y los alicatados de los arcos, parecía des-

cender, trémula de emoción, con una suavidad religiosa, á través de mórbidos velarios de misterio.

Las rosas fueron adquiriendo vivas tonalidades de rojos terciopelos, y semejaban, bajo el encanto melancólico del luar, extrañas copas desbordantes de sangre.

Las pálidas campanillas, cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llamaron los poetas: «álitos de Luna en flor», se abrieron extremecidas, á la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de nacaradas madreperlas.

La noche entera tenía, en el recogimiento de las frondas y en el silencio marmóreo de los patios del Alcázar, una poesía grave y profunda, de fascinaciones inauditas.

El Califa Al-Motadid, exploró ansiosamente desde la florida terraza la vasta y cóncava serenidad de los cielos estrellados.

Una insólita tristeza milenaria se agudizaba en sus grandes ojos taciturnos, dándole á la voracidad de su mirada, inexcrutable, como un abismo sin fondo, y devoradora, como el incendio de un volcán, todos los múltiples y acerados reflejos de esas bellas y finas armas que los espade-

ros de Damasco cincelan, bruñen y esmaltan como las joyas más dignas de fulgurar en el esquelético seno de la Muerte.

Se decía que en la impenetrabilidad de aquellas miradas, Dios había encerrado uno de sus más grandes é irrevelables misterios.

Los campesinos afirmaban, temblando de pavura, que bajo su influjo las tierras más fértiles se tornaban estériles, y los árboles más frondosos se secaban, hasta en sus más ocultas raíces, como bajo la fulminación sulfúrica y tempestuosa del rayo.

Algunos astrólogos aseguraban que ante el brillo sobrehumano de aquellos ojos, la madre Noche había engendrado en sus entrañas de sombra dos nuevas y lejanas estrellas.

Era punto de fe en todos sus dominios que el Califa Al-Motadid veía aún con las pupilas cerradas, y que sus párpados, por el largo ejercicio de aquella mirada, habían adquirido una trasparencia de gasa.

El Califa conocía el mágico poder de sus ojos, el dominio que tenían sobre todas las cosas y la sujestión y hasta la servidumbre á que obligaban á todos aquellos que se atrevían á contemplarlos.

Y para que en toda hora y en todo tiem-

po resaltase imperiosamente su deslumbrante fulgor, había abolido por completo de sus régias vestiduras, los colores vivaces, los ornamentos de seda, las franjas de plata y los flecos de oro.

Un ámplio albornoz de un negro fosco y duro, envolvía majestuosamente su grácil y esbelta figura, como un manto de eternidad y de sombra.

Su cuerpo, así envuelto, asumía un no sé qué de inmaterial, de casi impalpable...

Parecía una sombra emigrada de un fabuloso reino de ilusiones y de ensueños, para subyugar á los hombres con la luz extraña y sugestiva, dominadora y fascinante de sus grandes ojos crueles.

El sabio Yusef ben Moawia, aquel que por su gran elocuencia era llamado por los doctos del Yrak, *el perenne manantial de oro*, llegó desde la obscuridad de su retiro lejano á la Corte del Califa, con objeto de visitarle.

Conocedor de la obsesionadora influencia de los ojos de Al-Motadid, quiso presentarse á su vista en una mañana en que la suavidad del alba diluía en el cielo su plata más clara y su azul más puro.

El sabio, después de largas horas de meditación, había pensado al partir:

«Los prodigiosos ojos dominadores no podrán lucir con toda su intensidad bajo la deslumbrante claridad del cielo.»

Mas apenas llegó á la presencia del Califa, no tuvo más remedio que inclinar agobiado la frente y comprimir los párpados con sus manos, con aquellas manos rugosas y amarillas como los viejos pergaminos sobre los que tantas veces había visto azular la luz de la aurora, en sus largas vigilias de estudios y meditaciones.

Mas los ámplios y claros cielos del alba no tenían poder ninguno sobre los ojos del Califa, porque éste, para recibir con todo honor al sabio, había querido darle audiencia en el maravilloso salón llamado «El milagro de los ojos», una vasta sala recamada de sedas negras, con el trono de mórbidos terciopelos del mismo color.

Al-Motadid, envuelto majestuosamente en el ámplio albornoz de velos obscuros, que adensaba en sus pliegues toda la fosca tristeza de la sombra, dilatando sus bárbaros ojos, en una expresión de dominio, dijo á Yusef ben Moawia:

—Aquí me tienes ya, en mi propia luz, ¡oh, docto entre los doctos!... ¡Habla!...

—¡Deja que me sustraiga antes del poder de tus ojos, y hablaré!...—repuso con voz

grave y sentenciosa, en la cual se insinuaba ya un extremecimiento de terror, el sabio del Irak.

Y el Califa repuso lentamente, dando á sus palabras agudezas de estilete, y agrandando más el dominio negro y centelleante de sus pupilas:

—Tú debes sentir ya, hasta en lo más profundo de tu alma, el fuego devorador de mis ojos. Mi mirada quema toda tu sabiduría. Tu pobre y mísera ciencia no puede ni sabe penetrar en el misterio de mis pupilas...

—¡Oh, Al-Motadid, Emir de todas las luces, hoy mi sabiduría se ha consumido ante tus ojos, y solo de ella quedan pavesas!.. Tu fuego la ha abrasado, y tu aliento la dispersa, como el viento del desierto barre las últimas cenizas de las fogatas de las caravanas.

El Califa se sonrió, con una sonrisa enigmática, que hizo más profunda la noche de sus ojos y más aguda la fulguración de su mirada:

—Podrás reencenderla, recuperar toda tu ciencia, si eres capaz de contemplarme cara á cara, durante tres segundos, sin cerrar los párpados...

Hubo un silencio ahogado por la ansie-

dad y la angustia, después que en las altas y espaciosas bóvedas del extraño y misterioso salón, se extinguieron burlonamente, los pausados ecos de las últimas palabras del Califa.

Solo se oyeron, como signos de vida, como únicos latidos de esperanza, en el anonadamiento infinito y pétreo de aquel instante decisivo, los aleteos medrosos de pájaro prisionero del corazón del sabio, al agitar las pesadas y fastuosas sedas de sus ropajes, y el gotear fugitivo y monótono de alguna vieja clepsidra, donde el cansancio inmemorial del Tiempo, desgranaba, una á una, con avaricia de perezoso, las perlas fugaces y trémulas de sus eternos collares de llanto.

Dos esclavos etiopes mudos y negros como la misma sombra, dieron escolta al sabio hasta el patio exterior del maravilloso Alcazar, bajo cuyos cipreses se amontonaba una abigarrada muchedumbre, venida de los cuatro confines de la tierra, para ofrecer sus dones al muy alto y poderoso Emir de los creyentes, el Califa Al-Motadid, gloria del Islam y espada de la justicia...

Y aquella mañana, el sabio Yusef ben Moawia, llamado por su elocuencia y su sabiduría, entre los doctos más famosos del

Irak, «el perenne manantial de oro», salió inmémore del salón del trono, y no recordó en toda su vida más que el fulgor malvado y deslumbrante de aquellos ojos infinitos de crueldad y de malicia.

II

El poeta Abdemelik el Coraichita, glorioso en todo el Oriente, por sus estrofas, venenosas de olvido como las flores del loto, tiernas y suaves como el pálido azul del asfodelo, y ricas de imágenes como las túnicas de los ídolos, había exaltado en largos versos, movibles y frescos como la hierba de las praderas, la maravillosa belleza y el mágico poder de los ojos del Califa.

El poeta había apenas entrevisto aquellos ojos, en una ceremonia cortesana, á través de una larga fila de soldados etiopes armados de lanzas de oro y escudos de plata.

Las estrofas en su loor quiso que fuesen recamadas con seda turquí y perlas, sobre un cojín de raso negro, por las manos patricias de una musulmana, célebre en Bagdad, por haber bordado sobre un velo, más sutil y frágil que las alas de las libélulas,

los más bellos versículos de las suras koránicas.

Mas después que el cojín, perfumado por los más raros y embriagantes aromas del Arabia, y encerrado en una rica caja de sándalo, fué llevado á la presencia del Califa, y éste, con voz clara y sonora, casi metálica, leyó, ante el fasto de la Corte, las rítmicas y brillantes estrofas en alabanza de sus ojos, y admiró lo maravilloso del bordado, desde aquel momento, el poeta Abdemelik el Coraichita, el más famoso de Oriente, no supo encontrar rimas para sus kasidas ni imágenes ni ritmos para sus gacelas, y las manos patricias de la célebre bordadora de Bagdad, perdieron sus virtudes milagrosas y jamás consiguieron enhebrar una aguja.

Los fatales ojos de Al-Motadid, habían consumido en su hoguera interior, todas sus aptitudes, dejándoles inmémores para el arte.

También el músico Aliatar, que había sabido extraer de miles instrumentos sonoros océanos de melodías, que hacían naufragar el ánimo de los oyentes en abismos de las más insólitas dulzuras; también el músico Aliatar, que había maravillado todo el Oriente, con el encanto de su guzla, en-

tonando en alabanza del Señor, canciones tan sinceramente religiosas que hacían presentir á los corazones las sobrehumanas alegrías del Paraíso, no pudo arrancar una sola nota á las cuerdas melódicas, después de haber elogiado con musical fervor los ojos del Califa.

Había compuesto una suprema página de ternura y de delirio, en la cual las notas vibraban, oscilaban y gemían como las florestas agitadas por el huracán.

Cuando las guzlas, en las noches sin luna tañidas por ágiles dedos expertos, propagaban, en el divino silencio ébrio de aromas y cálido por la respiración vegetal de las plantas, la armonía subyugante de aquel elogio, las cadencias se fundían en el aire, se encendían con la fosforecencia de aquellos ojos, y se alejaban por el espacio ilimitado, perdiéndose en la obscuridad de la sombra, como miriadas de luciérnagas.

El Califa Al-Motadid no oía las notas, mas las veía llegar en la sombra, absorviéndolas con el fulgor de sus ojos.

El músico, después de aquella página, vió de repente, encanecer su juventud, esterilizarse su corazón para todos los afectos, y extinguirse en su alma todas las pasiones.

Se hizo taciturno, solitario, ávido solamente de arrastrar sus largos cabellos blancos en los frescos silencios de las cavernas, en las plácidas soledades de los ríos, ó entre las umbrosas melancolías de los bosques, donde á su presencia hasta los ruiseñores enmudecían y las mismas serpientes se ocultaban despavoridas entre los ásperos matorrales.

En vano, en la soledad polvorienta de los rincones de su tienda, las cuerdas de las guzlas, esperaron para encantar á la noche con su armonía suave y temblorosa, las ágiles y expertas caricias de sus manos; de aquellas pobres manos que hoy eran sólo como secas raíces y como inútiles despojos de un rosal florecido, agostado y muerto en plena primavera.

III

Fátima, la hija predilecta de Abdemelik, el más famoso guerrero de la corte del Califa, era de tan sobrehumana belleza, que de ella se contaba, que como un día de sopor se quedase dormida, en el encanto fragante y umbrío de un kiosko de su jardín,

un paje que por allí pasaba, viendo, por vez primera, su hermoso semblante libre de la prisión del velo que constantemente le encubría, se quedó admirado, inmóvil, sin atreverse á respirar, y después de contemplarla largo rato, en un silencio religioso, huyó como un loco, y púsose á gritar frenético en los patios del alcázar de su señor:

—¡Bendecido y alabado sea el nombre santo y puro de Alhá!

Su Omnipotencia protege á nuestro señor, el glorioso Abdemelik, terror de los infieles y martillo infatigable de los paganos.

Los jardines de Abdemelik son los jardines del Paraíso, que el Profeta prometió á los verdaderos creyentes, pues en ellos descienden á reposar las huríes...

Mis ojos han visto una, la más bella de todas, dormida en un banco, en el kiosko de los cipreses.

Su rostro era blanco y bello como la luna llena cuando aparece en las cimas nevadas del Líbano.

Su aliento embriaga como el olor de los nardos, y sus cabellos son negros como las álas fabulosas del roc».

Cien poetas habían loado su nombre.

Y todas las noches, bajo la serenidad azul y plata de los altos cielos de Oriente,

en la soledad fragante á rosas y jazmines de su calleja, las guzlas desfallecían de amor al pie de sus celosías, mientras los surtidores y los arrayanes de los huertos, perfumaban el silencio de un amargo y fresco anhelo de imposibles amores.

De lejanos países llegaron los más gloriosos emires y los más ricos mercaderes, á poner á sus plantas las más fuertes y victoriosas cimitarras y los más ricos y fabulosos tesoros, por obtener siquiera una sonrisa de sus labios ó una mirada compasiva de sus ojos, donde se abrían, entre un negror de tinieblas, las más divinas claridades de los cielos.

Y todos tornaron de nuevo á sus países sin la esperanza de su amor, pero con la soberbia alegría de haber dado á sus pobres ojos mortales, siquiera fuese por un momento solo, el supremo placer de haber reflejado, en su fondo, como en un espejo encantado, la más bella y milagrosa creación que Dios había arrojado sobre la tierra.

Y muchos jóvenes guerreros, heridos por sus desdenes y buscando un olvido para su amor, habían volado, en sus potros, á buscar la muerte en los combates, y su nombre fué la única oración que se escapó de los labios, al caer, atravesados por una lan-

za ó malheridos por un venablo enemigo, en sus algaradas á las fronteras de los cristianos.

En su honor, el poeta Ayub el-Medini, había compuesto esta kasida, que aun recitan los beduinos, á la puerta de sus tiendas, mientras los camellos dormitan al amparo de las empalizadas, y los perros vigilantes, enseñan á la luna, los acerados reflejos de sus carlancas y el blancor lívido y agresivo de sus dientes feroces:

—«¡Noble alazán! Tus cascos hieren el duro suelo;
tus piernas se estremecen Con las cerviz erguida
relinchas, las pupilas clavadas en el cielo,
ansiando que mis manos te abandonen la brida,
para tender al viento de la Noche, tu largo
cuello, en el raudo empuje del galopar experto,
entre nubes de polvo, vibrante como un dardo,
barriendo con tus crines la arena del desierto...
El oro de la Luna corona el alto monte...
¡Que humeante devore tu nariz dilatada
las horas y el espacio, y vuele el horizonte
bajo las tempestades de tu planta ferrada!
Lejos, muy lejos queda su aduar. Acallando
con su voz el furioso gruñir de los mastines,
de pie, sobre un vallado, mi amada está espiando
tu humeante silueta por los anchos confines!
Postrados de rodillas los camellos dormitan,
los rebaños se agrupan en los viejos corrales,
sus troncos se contraen y sus flancos tiritan
cuando rugen leones ó aullan los chacales.
Los nobles toros braman, amparando en sus ancas

á las vacas enfermas y á los novillos tiernos,
mientras rasgando nimbos de claridades blancas,
elevan á la Luna su círculo de cuernos.
Cruje la arena móvil bajo la garra fuerte;
se encurva cautelosa la sombra de la fiera...
Se oye latir el bárbaro corazón de la Muerte,
y en todo flota el trágico silencio de la espera...
¡Vuela alazán!... Devora las arenas, que antes
que se ponga la Luna tras los montes lejanos,
la amada nos aguarda... Tus flancos jadeantes
premiará con las dulces caricias de sus manos!
¡Cruza como una flecha los áridos confines
devorando las horas en tu galope experto,
que te espera su mano, para adornar tus crines
con ramos de las flores más bellas del Desierto!»

Pero Fátima permanecía insensible á todas las mágicas seducciones del amor, y las músicas en el misterio constelado de la noche con los últimos rayos de la Luna; y las poesías se deshojaban en el silencio de los jardines con los postreros cálices de las flores; y las joyas y las preseas se amontonaban como inútiles trofeos, en las suntuosas alcatifas de sus camarines.

Su corazón era como un cubil donde el león del tedio bostezaba de hartura.

En vano sus esclavas, sobre las pieles más costosas de la India, danzaban esas danzas maravillosas que aprendieron de las sagradas bayaderas, en las frondosas márgenes del Ganges, bajo el encanto de oro y

jaspe de los altos y calados pórticos de pagodas de ensueño.

En vano el incienso, la mirra y el benjuí se deshacían en azuladas y fragantes espirales de enervantes aromas, en los pebeteros de plata cubiertos de piedras preciosas.

Nada vencía su indiferencia desdeñosa ni hacía asomar la sonrisa á sus labios.

Solamente, cuando reclinada sobre los blandos almohadones de plumas de cisne forrados de damasco y adornados de piedras preciosas, contemplaba en el fondo nítido y resplandeciente de un espejo de plata que sostenía una sierva, arrodillada á sus plantas, el encanto pleno de juventud y de gracia de su propia belleza, sonreía como extasiada, mientras sus esclavas tañían las arpas y los laúdes, las cítaras y las nubelias, y del techo, abovedado y resplandeciente de estrellas de oro, como los cielos de la Arabia, llovían las más raras esencias y los pétalos más suaves y frescos de las flores más fragantes.

Un día, la fama de su hermosura llegó á oídos del Califa Al-Motadid, el cual, impresionado por lo que todo el mundo proclamaba como un verdadero prodigio, mandó llamar al padre de la doncella, y le dijo, con un leve dejo de ironía en su voz:

—Me han dicho, mi noble deudo Abdemelik, que tu hija Fátima supera en hermosura á las mismas huríes del Paraíso!

En mi haren las mujeres son ya para mis ojos como cosas sin alma y sin vida...

Necesito una flor fresca y viva, que vuelva á encender la sangre en mis venas apagadas y reanime los últimos rescoldos de esta juventud que se marchita...

Tráeme mañana mismo á tu hija, y yo te recompensaré, en cambio, con la mejor ciudad de mis dominios, el cargo más honroso de mi Corte y el potro más ligero de mis caballerizas.

Abdemelik, inclinó la frente hasta tocar el suelo, y así postrado, murmuró:

—¡Cúmplase en todo tu soberana voluntad, noble Emir de los creyentes!...

Y haciendo respetuosas zalemas, salió del régio salón del Alcázar, sin volver la espalda al Califa.

A la mañana siguiente Fátima, resplandeciente de belleza, se presentó ante Al-Motadid, engalanada con todas sus joyas, como una diosa que desciende de su tabernáculo.

Mas, apenas sus ojos se encontraron con las pupilas fatales, sintió arder su corazón, como si le devorase una boca de llamas.

Y desde entonces Fátima, la belleza insensible y fría á todas las seducciones del amor, se fué disipando, consumiéndose, en un frenesí loco de amor, bajo la mirada penetrante y cruel de aquellos ojos fatales.

Y su belleza se ajó, se deshizo en una vejez prematura y en una palidez de enferma...

De sus dedos y de sus brazos se caían por sí mismos los anillos y los brazaletes...

Y un día, al contemplarse, después de mucho tiempo, en su espejo de plata, se encontró tan variada, tan otra, que se deshizo en lágrimas y cayó desmayada en brazos de sus esclavas.

Y así murió, bajo el fúnebre influjo de las pupilas malditas, la más bella de las mujeres del Oriente, aquella que todos los hombres reputaban como la más hermosa hurí del Paraíso.

IV

El reino entero parecía sentir el maléfico influjo de los ojos del Califa, como si la maldición de los cielos hubiese caído sobre todos sus dominios, devastándolos.

Los pobres labradores desuncían sus yuntas y abandonaban sus tierras, porque se habían tornado estériles á la roturación fecunda y generosa del arado.

En vano, en un ámplio gesto patriarcal de sembradores, habían derramado, á manos llenas, las simientes vivas sobre los surcos recién abiertos, húmedos aún con el sudor de su esfuerzo desesperado.

Las simientes se perdían sin dar siquiera la esperanza de una cosecha futura, como si las hubiesen arrojado sobre la dureza inhumana de los desnudos roquedos.

Y las hoces se enmohecían, como armas inútiles en los rincones de sus cabañas, esperando en vano la hora cálida y alegre de la siega.

Los olivos y los granados, los naranjos y las higueras se secaban en las laderas de los huertos y en los verdes pomares, sin dar fruto, como plantas malditas.

Las puertas de los molinos estaban cerradas, y en vano el agua rumorosa y espejeante en los floridos cauces de las acequias, entonaba bajo las alamedas y los mimbrales su clara y fresca canción, donde había nostalgias de harina blanca y saudades de plácidos idilios molineros.

El hambre había asomado su faz amari-

llenta y demacrada, aún entre el bullicio y la algazara de las ciudades más populosas. y los morales no daban hojas para alimentar á los gusanos de la seda, y los telares permanecían silenciosos y las forjas apagadas.

Las caravanas que iban al Oriente esparcieron por las más apartadas regiones del reino las infaustas nuevas y el poder destructor é infernal de las pupilas malditas.

Los solitarios, en la hosquedad silenciosa de sus retiros, postrados en el suelo, con los ojos y los brazos tendidos hacia la Kaaba, impetraron del Cielo piedad y remedio para tantos y tantos males como abatían á los buenos creyentes del Islam.

Pero el Cielo permanecía sordo á los votos humanos.

En todos los ámbitos del Califato se hablaba diariamente de la negra fatalidad que pesaba sobre todo.

En voz baja, casi al oído, en las ciudades, por temor á la delación de algún espía.

Los beduínos se reunían, á la hora del crepúsculo y en las noches de Luna, en la puerta de sus tiendas, y en vez de las antiguas kasidas de sus poetas, resonaba ahora la lamentación apagada y quejumbrosa de los males que diezmaban sus re-

baños y esterilizaban las feraces y pródigas entrañas de sus oasis.

¿Quién encontraría un camino de salvación para tantos y tantos contratiempos?

¿Habría manera de acabar con aquel poder oculto y tenebroso que se había adueñado de las negras pupilas del Califa Al-Motadid, proyectando sobre la tierra la sombra devastadora de su maléfico influjo?...

Se consultaron á los más sabios astrólogos... Pero las estrellas permanecían mudas y los horóscopos se perdieron en las más vagas y contradictorias conjeturas.

Algunos afirmaban que el espíritu del Mal, el demonio sanguinario y cruel de las antiguas y feroces teogonías politeístas, se había refugiado en el misterio de aquellos ojos, como una fiera monstruosa, que al sentirse malherida, se refugia en la profundidad de una caverna.

Otros, por el contrario, aseguraban que era el Arcángel de las venganzas, el de espada de fuego y túnica de llamas, el que vivía dentro de aquellas pupilas, para castigar la impiedad de los hombres, y que hasta el día en que no quedase un réprobo, no dejaría su asilo fatal.

Algunos confiaban en la ciencia oculta

de los nigromantes judíos ó en el poder milagroso de los fakires, que se alimentan de raíces, en las remotas regiones de la India.

Y los pueblos, prestos siempre en su inocencia, á dar oído y crédito á las cosas sobrenaturales, mandaron comisionados al interior del país, donde viven aún los nigromantes judíos y á las riberas del Ganges donde habitan los fakires. Pero los comisionados, después de no pocos trabajos y vicisitudes en sus largas peregrinaciones, tornaron á sus ciudades y á sus tribus sin que los nigromantes ni los fakires hubiesen pronunciado ninguna palabra de salvación.

V

El cheij Almanzur ben Abdalha, era venerado en todo el reino por la rectitud inflexible de su conciencia y por la piedad inmensa de su alma, abierta siempre á la esperanza y al consuelo.

Su nombre se repetía de tribu en tribu, de aduar en aduar, con respetuoso fervor, entre loas de entusiasmo y homenajes de admiración.

—Es el espejo donde deben mirarse los verdaderos creyentes.

—La Verdad habla solamente por sus labios, puros de toda irreverencia!

—Es el único que conserva en su corazón la pureza y la fe de las antiguas costumbres!...

Su tienda se alzaba, á la sombra de los tamarindos del más fértil oasis de los desiertos del Irak, allí donde se cruzan los caminos de las caravanas que van á Damasco y de las que vienen de las tierras cenagosas y pródigas del Egipto.

Todos acudían á ella, como á un templo, á buscar alivio para sus males y un bálsamo de resignación para las iniquidades de la vida.

—Dios no pudo haber encerrado en los ojos del Califa Al-Motadid, ningún misterio irrevelable.

Revelado ha sido el misterio de aquellos ojos, y, roto el secreto, sólo se ha hallado las huellas del espíritu del Mal.

Dios no quiere ni puede desear el mal para el pueblo que le adora, sino que derrama sobre él, á manos llenas, todos los bienes de su magnificencia y de su gracia.

Su divino poder manda la lluvia cuando la tierra se muere de esterilidad y de sed;

envía el rocío para que los cálices se entreabran y las hojas tiernas adquieran fortaleza; ha colocado la Luna como una lámpara maravillosa para que los viajeros extraviados en los laberintos de un bosque, encuentren la ruta perdida.

Todo en beneficio de los míseros mortales, que besando la tierra acatan y bendicen su nombre.

Los ojos del Califa son la maldición y el exterminio.

Desde el fondo sombrío de aquellas pupilas, algún espíritu satánico se venga de la bondad y del bien, sin que nosotros podamos imaginarlo siquiera.

Así había hablado con extremada contrición el viejo Almanzur, bajo el lino de una tienda, cercado de algunos embalsamadores recién llegados de las fértiles tierras de Egipto, y de un noble mercader nómada que regresaba á su tribu, desde el Adramud, con los camellos cargados con los más fabulosos y raros tesoros de la tierra.

Dijo el mercader con voz suave y perezosa, como si dejase escapar las palabras en un resbalar de seda, entre la púrpura abultada de sus labios.

—Almanzur, si tu consejo liberta á nues-

tra tierra de aquellos ojos inícuos, yo te regalaré los más preciosos dones del Oriente... Un pequeño ídolo de ámbar, cuyo poder alejará de tí todas las tentaciones diabólicas y ahuyentará con su olor á las serpientes que en el silencio nocturno penetran en nuestra tienda y se deslizan á lo largo de nuestros lechos, para clavar su ponzoña en nuestro corazón.

Un viejo embalsamador añadió, acariciándose con sus manos esqueléticas sus largas barbas, entre cuyas tinieblas albeaban ya algunos mechones de canas:

—En la tumba de los Faraones he encontrado un anillo de oro con una extraña piedra, la cual, sumergida en el agua, tiene la rara virtud de difundir un suave olor á nardo.

Será tuyo el misterioso anillo, si libras, con tus consejos, á nuestra tierra, de la sombra nefasta de aquellos ojos infames.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual todas las miradas interrogaron ansiosas al anciano.

—Oidme—repuso por fin Almanzur, alzando lentamente la cabeza—el pequeño ídolo de ámbar, que ahuyenta la desgracia y el anillo cuya extraña piedra perfuma el aire de nardo, nada me importan.

No quiero premios ni admito recompensas.

En mi corazón hay una profunda palpitación de amor y de piedad hacia nuestra gente.

Quisiera encontrar dentro de mi vieja experiencia el consejo más joven y más seguro para que pudiera librarnos de ese maleficio que ensombrece nuestra tierra y obscurece la alegría del sol como un fantasma, como una nube negra que se interpone entre la luz y nuestros ojos.

Donde el Califa Al-Motadid dirige las pupilas allí reinan la esterilidad y el espanto.

El tiene un maldito fulgor humanizado en sus ojos. Nosotros debemos apagárselo.

Todos gritaron trazando gestos de amenazas en el aire, como si blandiesen sus aceros.

—¡Apaguemos ese fulgor!...

Almanzur, después de un prolongado silencio en el cual pareció meditar profundamente, elevó sus ojos á lo más alto como si pidiese fuerzas á los cielos, y murmuró con voz grave y solemne:

—Huéspedes míos, adoradores fervientes de nuestro Dios, voy á confiaros un secreto que desde hace mucho tiempo guardo encerrado en el fondo de mi alma.

Oidme.

—Oraba yo una noche, postrado en lo más oculto de mi tienda, pidiéndole al cielo que nos libertase de la fatalidad de esos ojos crueles, cuando de repente una claridad suave y celeste iluminó mi retiro, y en el silencio nocturno me pareció oír una voz sobrehumana que murmuraba á mi oído:

—Los ojos de Al-Motadid no son, como creen algunos de nuestros magos, el explendor evidente de la onirodinia, sonambulismo é incubo al mismo tiempo, sino el perverso deslumbramiento de la maldad.

Y desde aquellas noches de plegaria, tanto se encendió mi fervor y tan firme se hizo en mi espíritu la esencia de la realidad de aquel sueño, que me decidí á buscar á Alí, el esclavo adolescente destinado por el Califa á servicios más familiares.

Alí era la única persona que podía ceñirle el ámplio albornoz de seda negro. Solamente sus manos debían calzarle las espuelas de oro y suspender de su cinto de terciopelo negro bordado de plata, el rico y fino alfange, cuyo pomo era un milagro de pedrería.

Yo había educado, desde su más tierna infancia al bello adolescente en el amor de

Dios, y sentía por mí un verdadero afecto filial.

Confiado en este cariño, le abrí mi corazón, contándole mi sueño y convenciéndole á que librara á nuestra tierra del maleficio de aquellos ojos inícuos, que proyectaban sobre ella la desolación de sus sombras.

Alí vigilaba constantemente el sueño del Califa, pero jamás osó en todo el tiempo en que estuvo á su servicio, contemplarle cara á cara.

Esta respetuosa sumisión del esclavo habíale convertido en el favorito de Al-Motadid.

Yo induje al adolescente al gran gesto liberador; y un día oculté entre los pliegues de su túnica una pequeña ampolla de cristal, en la cual había encerrado un poderoso veneno capaz de corroer y apagar para siempre aquellos ojos fatales.

El esclavo debía, mientras el Califa se entregaba al sueño, verterlo rápidamente sobre los párpados.

Aquella noche, cuando el esclavo, descalzo para no hacer ruído, alzaba los ricos tapices del lecho de Al-Motadid, y extendía ya el brazo, próximo á cumplir su misión libertadora, se quedó de súbito aterrado,

ahogando un grito de espanto en su garganta, y la ampolla cayó de sus manos, derramando sobre el mosáico del pavimento la corrosiva virtud de su veneno.

Al-Motadid le había sujetado por las muñecas incorporándose sobre el lecho, en un gesto frío y cruel de leopardo que al fin siente crugir entre sus zarpas la presa que durante mucho tiempo ha estado acechando.

El Califa veía á través de sus párpados. Su carne se entregaba al sueño, pero sus ojos permanecían vigilantes.

Al día siguiente, Alí, el esclavo adolescente predilecto de Al-Motadid, era arrojado al hambre y la ferocidad de los leones que en sus jáulas de hierro, atemorizaban el silencio fragante de los jardines, con el trueno retumbante y seco de sus rugidos.

Y desde entonces, todo el reino afirmó que el Califa Al-Motadid, ve aun con los párpados cerrados, porque sus párpados han adquirido una transparencia de gasa.

—¡Pobre Alí!... Su muerte ha dejado un vacío tan profundo en mi corazón, que ningún otro afecto podrá llenarlo!—Suspiró en un hilo trémulo y quejumbroso de voz, apenas perceptible, el viejo Almanzur.

Sus párpados se fueron cerrando lentamente, y su frente, agobiada por la tristeza

infinita de aquel recuerdo, se inclinó dolorida entre la amarillenta lividez de sus manos exangües.

El silencio se prolongó en un grave y pesado recogimiento doloroso que contraía duramente los ceños y daba á todas las pupilas esa inmovilidad traslúcida que hace pensar en el éxtasis de los bienaventurados ó en la locura infernal y roja de los poseídos.

Nada turbaba la inquietud angustiosa del momento. Sólo una débil brisa venida de los pomares del oasis, hacía ondular levemente los ricos tapices, derramando en el ambiente las fragancias melosas de los frutos maduros y la frescura casi humana de los nardos que se abrían en sus grandes ánforas de barro rojo, junto al brocal, á la sombra azul y fecundante de los altos palmares, dorados de dátiles, y sonoros de nidos.

Las golondrinas revolaban familiarmente dentro de la tienda, trazando, sobre las frentes inclinadas de meditaciones, la corona alegre y fugitiva de la sombra de sus vuelos...

VI

De súbito, como si no pudiese contener en su corazón tanto y tanto dolor acumulado durante aquellos momentos de silenciosas meditaciones, el viejo cheij Almanzur se extremeció en una convulsión angustiosa...

De sus ojos, profundos y claros, como esos pozos abiertos en la dureza de las rocas, en cuyo fondo se reflejan toda la luminosa poesía de los cielos, brotaron dos lentas lágrimas, que resbalando por sus mustias mejillas, fueron á perderse en la blancura ondulante y trémula de sus largas barbas patriarcales, como dos gotas de rocío en un manojo de lino...

Su voz se hizo un sollozo, y exclamó de nuevo, doblando la frente sobre el pecho y cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Pobre Alí! ¡La Muerte, al segar, en flor, tu vida, me ha dejado como ciego sin lazarillo!

¿Dónde volveré yo á encontrar una tierra tan apta y tan fértil para recibir en su seno, todas las simientes del Bien?

Hizo un esfuerzo para contener su emo-

ción, y después, con la faz más serena y la voz más firme, añadió, tendiendo los brazos y doblando la cabeza:

—¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad!

Uno de los jóvenes embalsamadores, Omar-ben-Said, extendiendo los brazos, en un gesto casi de amenaza, replicó, con extridencias desdeñosas en la voz:

—¡Almanzur, tu corazón no siente la pérdida de Alí, el esclavo adolescente, sino los mordiscos, sordos y tenaces del remordimiento, por haberle amaestrado para el crimen, tomando como incentivo el santo nombre del Señor!...

Tu consejo que él creyó santo, era sólo una acechanza culpable, merecedora del más atroz castigo!...

Tú obraste solo á impulsos del fanatismo y no en aras de tu fe, pues solamente el fanatismo induce al error.

Almanzur, el fanatismo no es la fe.

La fe es dulce y suave como una caricia, y vence sólo por medios lícitos y caminos rectos.

La voz áspera y dura del mercader, añadió rudamente:

—Nosotros podíamos, viejo Almanzur, castigar tu crimen, y no lo hacemos, por-

que esperamos que tú hagas acto de contrición, en nombre del Altísimo, el cual si ha consentido esa criminal tentativa, ha sido solamente para que después los puros rayos de la fe, iluminen y purifiquen tu conciencia...

Almanzur, sin alzar la cabeza, respondió humildemente, en un tono compungido que aumentaba más el nervioso temblor de sus luengas barbas de armiño, que patriarcalmente se desparramaban sobre sus rodillas:

—Huéspedes míos: la fe tiene fervores que no se miden y entusiasmos que no pueden refrenarse.

La tentativa ha fallado, y vosotros me inculpáis por haber querido librar á la tierra del influjo de un mónstruo.

Está bien. Yo también detesto el crimen y por eso nutro con mis lágrimas en el fondo del corazón al más sincero y voraz de los arrepentimientos!...

Mas ¿quién ha concedido al Califa Al-Motadid autoridad para exterminar todo aquello que cae bajo la fulminación de su mirada?...

Y decid también: ¿quién de vosotros encontrándose bajo el dominio de un Espíritu Malo, no había de valerse de todos los me-

dios, aún de los más criminales, para vencerlo y librarse por siempre de su maléfico influjo?

¿Si dos manos ladronas abriesen tus cofres, para robar tus más ricas mercancías, las besarían tus labios, mercader que sólo vives del producto que ellas te dejan?...

¿No desnudarías tu alfanje, y de un golpe las harías rodar por tierra, cercenadas?

¿Cuánto más debemos defendernos contra dos ojos perversos que destruyen con su luz sulfúrea y su corrosiva maldad lo más puro de nuestra conciencia; ojos terriblemente crueles que disipan la más profunda sabiduría, tronchan las álas de la más alta poesía y disecan las corrientes melódicas más sonoras y copiosas?...

El Espíritu del Mal vive encerrado en el fuego de aquellos ojos, y hay que destruirlo, como se destruyen á esos mónstruos hambrientos que infestan las selvas y acechan los rebaños, agazapados en la obscuridad de sus cavernas.

La voluntad Omnipotente del Señor ha puesto en nuestras manos los medios para destruirlos... ¿Para qué vamos á rechazarlos?...

El hacerlo, es un acto de soberbia, es como un desprecio de la Divina gracia.

Se hizo un instante de silencio y de meditación...

El viejo Almanzur adivinó sobre el rostro de sus huéspedes el vago estupor que sus palabras habían producido.

El joven embalsamador, después de una pausa, había recobrado la serenidad de su alma perdida en unos instantes de arrebato, y clavando la profundidad de sus ojos en los cielos extáticos de los del viejo, murmuró, con la voz un poco punzante de ironía:

—Busca, con la sabiduría de tu experiencia, algún remedio contra esos maleficios.

Y una sonrisa casi infantil embelleció el rudo semblante del embalsamador, haciendo relucir, entre la enmarañada negrura de sus barbas, la nítida y sana blancura de sus dientes de lobo joven.

El viejo Almanzur, mortificado por la burla que exhalaban aquellas palabras, repuso gravemente, con un acento firme y reposado que contrastaba con la caducidad temblona de su cuerpo apesadumbrado por tantos y tantos años de luchar fieramente con la vida:

—Tú conservas aún intactos los dientes y por eso, me dices á mí, que apenas si

puedo masticar con las encías desnudas, que busque el remedio en la experiencia que me han dado tantas y tantas amarguras como han pasado por mi alma...

Pues, bien: lo he buscado y espero encontrarle. Si falla esta segunda tentativa próxima á realizarse, aquel que aún conserve intactos y blancos los dientes, no podrá burlarse de quien los ha perdido por las vicisitudes de su larga edad.

Calló de nuevo el viejo; y hubo otra larga pausa, durante la cual todos los semblantes se inclinaron en una actitud meditativa y angustiosa.

Y como le pareciera á Almanzur que sus palabras habían vibrado aquella vez bajo el lino hospitalario de su tienda con un acento demasiado ágrio de reconvención para sus huéspedes, consecuente con los deberes que la hospitalidad y su amor le imponían, ofreció al mercader y los embalsamadores, sobre escudillas de madera cubiertas con ramas frescas de palmas, los más azucarados dátiles y los más sabrosos higos que se producían en fértiles oasis que verdeaban, al sol, en medio de las calcinadas arideces del desierto.

VII

Al fin, Almanzur volvió á hablar, rompiendo el prolongado silencio que pesaba sobre la inquietud de todos.

—Durante siete lunas de meditaciones y de abstinencias, he procurado el remedio que ha de libertarnos, y hace ya cuatro que me fué revelado.

—Confiamos tu secreto, Almanzur, que en el nombre santo de Dios te ofrecemos no sólo ocultarlo en lo más profundo de nuestros corazones, sino ayudarte á poner en práctica el plan que tu experiencia haya madurado—dijo con acento de sincera emoción, el mercader, aproximándose al viejo, como para poder escuchar mejor sus palabras.

—Oídme, pues. ¿Qué medio encontrareis vosotros más apropiado para vencer el mal que nos aflige?...

Pensad. La Muerte cerrará un día los ojos fatales del Califa Al-Motadid, mas para nuestra liberación, yo los apagaré antes de que la Muerte los cierre para siempre.

¿Qué medio creeis vosotros más conveniente y seguro?... Hablad, huéspedes míos.

El mercader contestó, con tono convencido:

—En mis cofres guardo un estilete, de hoja tan sutil como la lengua de las serpientes y tan firme y rígida como la voluntad de los faquires.

El joven y rudo embalsamador añadió á su vez:

—En el sepulcro de una princesa de Tebas me he encontrado una aguja, tan fina como un cabello y tan fuerte que sería capaz de atravesar los huesos. Yo te la ofrezco para que libertes con ella á nuestro pueblo del maleficio de esos ojos siniestros.

Una leve sonrisa hizo una mueca burlona en los labios desdentados del anciano Almanzur. Después respondió:

—Execro todos los medios que me sugiere vuestra imaginación. Recordad que antes habéis condenado severamente toda tentativa criminal. Vuestras intenciones encierran un fondo de criminalidad, y sois por ellas, en cierto modo, culpables de los más rigurosos castigos.

Mientras hablábais, encomiando vuestro

estilete y vuestra aguja, vuestros pensamientos, acerados y sutiles como las hojas de las armas que loábais, yo los veía hundirse en las negras pupilas del Califa, con toda la crueldad de quien satisface una venganza.

¿Quién de vosotros es menos culpable?...

—Aquel que sabe pedir al Señor por esos ojos malditos—dijo el más viejo de las embalsamadores, que hasta entonces había permanecido en silencio, con la frente reclinada entre las manos, en un ángulo de la tienda.

—Sabia respuesta la tuya, digna de los labios de un verdadero creyente!—afirmó con un gesto sacerdotal Almanzur.

Yo he pedido eso mismo que tú acabas de decirme, y después de tantas lunas de mortificación y de plegaria, el Señor ha venido en mi ayuda, y en una noche de austera abstinencia, el Arcángel me ha revelado el secreto!...

—¡Confíanos tu secreto!—invocaron los huéspedes formando un corro de ansiedad en torno de Almanzur.

—Madurado ha sido el consejo del Arcángel, como un fruto sobre el árbol de la Meditación.

Os lo voy á descubrir.

«Apagaré el fulgor inícuo de los ojos del Mal con la sencillez de la Inocencia.»

Encontré el consejo, lo puse en práctica con ánimo sereno y hace ya varias lunas que espero que la omnipotencia y la justicia del Señor cumpla nuestra liberación.

—¡Bendigamos al Señor!—balbucearon los huéspedes, cayendo de rodillas y doblando las frentes hasta rozar el suelo, en una religiosa exaltación de fervor.

VIII

La pequeña esclava que sucedió al adolescente Alí, en el cargo más de confianza de los servidores del Califa Al-Motadid, se llamaba Zoraida.

Era esbelta y ágil como el tallo de un lirio de Bensora, mansa como la indulgencia, devota como la llama de un altar, y casta como la nieve de las montañas del Líbano.

Se llamaba Zoraida, más su sencillez y su ingenuidad eran tales, de tal modo reconfortaban el espíritu y destruían las preocupaciones que hacen arrugar el ceño, que todos la apellidaban: *Frescura del corazón.*

Antes de que el Califa la acogiese á sus servicios familiares, había sido instruída por el anciano Almanzur en todos los sagrados preceptos de la Ley de Dios.

Al partir hacia el Alcázar, Almanzur la hizo sentar á su lado, en un rico almohadón de seda turquí, bordado de perlas, y la dijo paternalmente, acariciando la negrura suave y olorosa de sus trenzas de virgen:

—¡Oh, Frescura del corazón!... El Califa á quien desde hoy vas á servir es bueno y puro como tú.

La bondad brilla en sus ojos, y tú debes mirarte confiadamente en el fondo de ellos, con toda la dócil claridad de los tuyos, abiertos siempre á la Inocencia.

No cierres nunca tus hermosos párpados delante de él, como hacía tu antecesor Alí. Sostén su mirada..., y que la gracia del Señor derrame todos sus dones sobre tu frente!

Ignoraba Zoraida la potencia del Mal, y procuró conservar siempre, presentes en su memoria, los últimos consejos de su protector Almanzur, amparo de su orfandad y único consuelo de su infancia.

Fué presentada á Al-Motadid por aquella célebre bordadora de Bagdad, cuyas ma-

nos habían sabido bordar sobre un velo más sutil que las alas de las libélulas, esmaltadas en los más vivos colores, las más bellas y santas máximas de las suras koránicas.

Antes de presentársela, la bordadora tuvo la cautela de encubrir el fresco semblante de la esclava con siete velos negros queriendo evitar el peligro de que sintiese como todos, el maléfico influjo de los ojos fatales.

Instruída también por Almanzur, dijo á Al-Motadid, al presentarle la esclava:

—Aquí tienes, Emir de todas las luces, á la pequeña y dulce Zoraida, que el Profeta te manda, y que es frescura del corazón y encanto del espíritu... Ella, acompañada de la guzla, te cantará la profecía, en la noche serena, cuando la Luna se eleva, como un escudo de plata enrojecida, sobre la cima de los cipreses, y los cirrus dispersos en la indolencia del azul adquieren relieves y contornos metálicos.

Maravillóse el Califa ante aquellas palabras, oídas ya en un tiempo remoto, cuando una famosa orinomante, á la cual él había llamado, las pronunció, trémula aún de espanto, como vaticinios de un espantoso sueño; palabras que se fueron más tarde

borrando de su memoria en el rápido desenvolvimiento de tantos hechos y vicisitudes como habían atravesado su vida.

La fulminación siniestra de su mirada no tuvo poder suficiente para traspasar los siete velos negros conque la célebre bordadora de Bagdad había envuelto el puro y bello rostro de la esclava...

Al-Motadid sintió por vez primera el escalofrío del terror estremecer sus miembros, y sus dientes de felino, en una agitación de rabia irreprimible, mordieron hasta sangrar las rojas y carnosas pulpas de sus labios sensuales.

La Inocencia estaba delante de él, y le miraba dulcemente con sus grandes y claros ojos hechos de bondad y de ternura, como todas las cosas bellas y puras de la Creación.

Cuando la bordadora se alejó y el Califa se encontró solo con la esclava, sintió una sensación aguda, casi dolorosa, en lo más íntimo y escondido de sus entrañas, y con voz trémula, en la que palpitaba un álito de pavura, murmuró entre dientes:

—¿Por qué me miras?...

—Porque sois bueno, porque me han dicho que la bondad brilla como un astro en el cielo de vuestros nobles ojos,—contestó

ingénuamente la esclava, con una voz tan suave y fresca que hacía pensar en la harmonía lauda y fugitiva de los surtidores de plata, desgranando sus perlas sobre el alabastro de las conchas, en el silencio lunático de los patios de maravillas, olorosos á arrayanes y á nardos de ensueño.

—No me mires en los ojos, Zoraida, porque te pueden hacer daño mis miradas.

—No, no sufriré daño alguno. Yo no temo el fulgor de tus ojos. Mi corazón sensible y puro, como un velo á quien aún no agitó ningún viento, es capaz de suavizar, de amansar aun al propio corazón de las fieras.

Y la voz de la esclava difundía sonidos de una dulzura indecible; era como una guzla viviente que desfalleciese del más puro amor entre los dedos de claridad y de milagro de un Arcángel.

El Califa insistió con acento duro y áspero:

—¡Te exijo que no me mires!...

Frescura del corazón no se arredró, y sin dejar de mirarle, prosiguió, ingénuamente, sin temores, con ese valor heróico y pasivo de los niños que no se dan cuenta de los peligros que les amenazan, y que les hace cruzar por el borde de los precipicios con

una sonrisa en los labios y una canción de pájaros en la garganta.

—Mas, dime, Emir de todas las luces, ¿si tu alma saliese de la cárcel de tu cuerpo, y se alzase delante de tí, y te mirase, podrías tú impedirlo?

Una cólera satánica mordió como una víbora hambrienta el corazón del Califa y un extremecimiento convulsivo de ira contrajo sus músculos, tensos ya para el salto felino sobre la presa.

Con voz ronca exclamó:

—¡Mas tú no eres mi alma!...

—¿No podré ser entonces el recuerdo de tu alma?... Todos vivimos una vez en la inocencia...

El Emir de todas las luces sintió que el vaticinio de la oniromanta lejana se agitaba en torno de él, próximo á cumplirse, rozando con sus alas membranosas y frías de murciélago, la desnudez de su cuerpo, á pesar del ámplio albornoz de seda negra que con sus siete velos impenetrables como siete terribles misterios, lo envolvía de los pies á la cabeza.

Y se alejó confuso y sobrecogido, á encerrarse en el interior de su cámara, mientras la esclava arrancaba, en la blancura marmórea de la terraza, á las sonoras cuerdas

de la guzla los primeros compases de una canción nómada y eterna como el Amor y la Vida.

IX

El Califa Al-Motadid languidecía por momentos. Su rostro se iba demacrando y sus espaldas, anchas y fuertes como las de un cíclope, se rendían bajo el peso de una angustia infinita...

Ni las danzas de las bayaderas llegadas para distraerle, de los remotos países de la India; ni los cantos de las bellas hijas de la Circasia; ni las fastuosas cacerías en los bosques fragantes de alcanfor y de canela, nada lograba desarrugar la negra contracción de sus cejas, que siniestramente tendían sobre la desolación de su rostro sus arcos de sombra.

Las noches insomnes trabajaban su alma minando y corroyendo su naturaleza, gastada ya por el vicio y los placeres.

Sus ojos contemplaban constantemente, entre las sombras, fantasmas espectrales, fantasmas sangrientos de culpas irredimidas, que se daban cita en torno de su le-

cho de sedas, aromas y perlas, y se inclinaban, en gestos irónicos sobre su corazón para oir sus latidos, como si aquel corazón monstruoso fuese capaz de sentir palpitaciones humanas.

La esclava Zoraida, balbuceaba, con su clara voz infantil, plegada á la obscuridad, como al amparo de un manto:

—Al-Motadid, si cierras los párpados contemplarás los mismos fantasmas en la sombra.

—Frescura del corazón, no hables. Un día escuché una voz igual que la tuya, y tuve que extinguirla para siempre en el silencio.

—Apagarla debías, pero ya es tarde.

—Frescura del corazón, si las raíces se secan, el árbol no dará jamás frutos nuevos.

Al-Motadid, se retorcía desesperadamente en su lecho de aromas, invocando la claridad viva y fragante del alba.

Mas al levantarse y salir á la maravilla de sus salones no podía arrojar de su mente los temores nocturnos, y un desasosiego tenaz y violento le hacía rechazar las ricas y sabrosas viandas que en anchos platos de oro le ofrecían sus esclavos.

Delante de la joven esclava le invadía un sutil delirio, le asaltaba una intensa fie-

bre que á veces le parecía el calor de un remordimiento, le destrozaba un agudo tormento que él sentía morderle en lo más hondo del corazón como una expiación que empieza á cumplirse.

Muchas veces en el día murmuraba suplicante á la esclava:

—No me mires más, Zoraida, porque tu mirada me vence. Tú eres como el agua pura de una fuente: reflejas las nubes, el azul sereno, las tinieblas y las estrellas.

¡No me mires más; no me mires más!...

—¿Qué has hecho de mi antecesor, el adolescente Alí?

Al-Motadid, ante lo imprevisto de aquella pregunta sintió como si de repente con dos martillos de fuego le torturasen las sienes.

—¿Qué ha sido de Alí?—insistió, con una tenacidad inconcebible la voz de la esclava.

—Frescura del corazón, tráeme el espejo —suplicó el Califa.

La esclava obedeció, y con sus pequeñas manos puras, colocó delante del rostro de Al-Motadid el rico espejo ovalado de marfil y plata.—Tú ahora te ves por primera vez—dijo Zoraida—porque antes nunca te habías contemplado tal como eres.

En un salvaje ímpetu de ira, el Califa ci-

ñó con sus manos bellosas y duras el frágil cuello de Frescura del corazón, y la habría ahogado entre ellas, si los grandes ojos buenos de la esclava no se hubiesen, por misteriosa trasmigración, encendido del mismo fuego cruel y dominador que ardía en las miradas de Al-Motadid.

—Tú eres como la fuente, que en su transparente pureza refleja el vuelo cándido de las palomas y el negro vuelo de los murciélagos.

—Yo no soy como Alí, que temblaba de miedo como un perro, ante tus amenazas. Ya lo has visto. He sentido crugir mi garganta entre tus manos, y no he lanzado un grito... ya oyes mis palabras; todas ellas tienen la dulzura de una guzla tañida por un arcángel.

Y el Califa por primera vez se cerró los ojos con la palma de sus manos.

X

Hacía ya siete lunas que Zoraida estaba al servicio del Califa.

La última noche, mientras la luna se elevaba, como un escudo de plata enrojecida sobre la colina de los cipreses y los cirrus

dispersos en la indolencia del azul iban adquiriendo nítidos contornos metálicos, la esclava, silenciosa, seguía en la blanca terraza de mármol con sus ojos grandes y claros de virgen la inquietud frenética de las pupilas de Al-Motadid.

Las rosas postreras de la estación de las siembras tomaban bajo las palideces del lugar vivientes tonalidades de rojos terciopelos, abriendo sus cálices como extrañas copas desbordantes de sangre.

Las fragantes campanillas, á cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llamaban los poetas «álitos de Luna en flor», se extremecían á la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de madreperlas.

Al-Motadid, después de haber explorado con profunda inquietud el cielo, interrogó á la esclava:

—Díme, díme, ¿por qué estas rosas son tan rojas?...

—¡Al-Motadid, la tierra convierte en rosas la sangre de las víctimas!

El Califa suspiró, pasándose la mano por los párpados.

—Díme, díme, ¿por qué tienen alburas de madreperlas estas campanillas tan blancas?

—¡Al-Motadid, el cielo coloca la aureola sobre el candor!...

El Califa volvió á suspirar más tristemente, y otra vez sus manos tornaron á sujetar los párpados, como para contener algo que estaba próximo á escaparse por ellos.

En la serenidad del aire nocturno llegaban las lejanas canciones de los camelleros, rimadas á compás del tambor, derramando en la paz de la terraza el encanto puro y místico de los versículos del Profeta:

> «Los párpados del inícuo son polvo y ceniza, lo cual le impide mirar rectamente.
>
> Sus cejas son curvas como las grandes espadas y como el hierro templado de las lanzas fratricidas.
>
> Y sus ojos no pueden soportar la luz, porque son hechos de eclipses.
>
> ¡Señor, Señor, haz que los ojos del justo vean siempre el camino de la Inocencia!»

El Califa oía con terror el místico y melancólico canto de los camelleros, rimado á los sones graves y acompasados de los tambores lejanos, y las voces y los ritmos se iban lentamente clavando en su alma como saetas envenenadas.

Suspiró y volvió á suspirar, pasando y

repasando la mano por los párpados, y de pronto, asaltado por un pavor inaudito, comenzó á gemir.

—Zoraida, dime, ¿en qué profundo abismo ha caído la Luna que ya no la veo?...

Zoraida, dime, dime, ¿qué tempestad nos ha obscurecido repentinamente?...

Y Al-Motadid, con los brazos tendidos, palpando el aire, andaba á tientas, perdiéndose en su profunda noche sin esperanza:

—¡Zoraida, Frescura del corazón, guíame!

La esclava, que ya había descendido de la terraza y galopaba en un fogoso potro hacia la tienda de Almanzur, le gritó desde la obscuridad de la noche:

—Es demasiado tarde, Al-Motadid.

XI

—...Ya encontré el remedio y espero en esta noche, que se cumplen las siete lunas, que el Señor cumpla la promesa que por boca de un Arcángel me hiciera en aquella velada de oración y de abstinencia, librando á nuestra tierra del maléfico influjo de los ojos del Califa.

—Demos gracias á Dios— balbucearon los huéspedes.

Estaban todos con la frente postrada en la tierra, absortos en sus plegarias, cuando oyeron el galopar frenético de un caballo que se acercaba cada vez más hacia la tienda, y la voz fresca y pura de la esclava Zoraida que les gritaba como en un concierto de notas argentinas, una promesa de esperanza:

—¡Glorifiquemos al Señor, el Califa Al-Motadid se ha quedado ciego!

FIN DEL TOMO

ALGUNAS OPINIONES

REFERENTES Á LA BIBLIOTECA "PATRIA,, [1]

Para que el público pueda hacerse cargo de su alcance, extractamos aquí algunas opiniones referentes á la Biblioteca «Patria».

En la época que alcanzamos los llamaré (á los propósitos de la Biblioteca) necesarios y benéficos para combatir las insanas lecturas que han de desmoralizar al pueblo; los llamaré un complemento utilísimo de los Juegos florales en que se depura el gusto literario, merced al fallo de mantenedores apasionados de lo bueno y de lo bello.

Juan Fastenrath.

El pensamiento de la fundación me parece altamente saludable y patriótico y por eso creo que estamos en el deber de ayudarle, en la medida de las fuerzas de cada uno, cuantos en España sentimos verdadero amor al pueblo y deploramos amargamente la falsa dirección que hoy se da á su desapercibida inteligencia con las *lecturas baratas* que se usan, lecturas en que todo se corrompe y pervierte á la vez: la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria.

José María de Pereda.

Aplaudo de todo corazón los sanos fines en que se inspiran los fundadores de la utilísima Biblioteca «Patria».

Marcelino Menéndez Pelayo.

---

(1) Extractadas de cartas dirigidas al iniciador de la *Biblioteca*.

Juzgo esa Biblioteca muy beneficiosa para la cultura nacional.

Francisco Silvela.

Me inspira viva simpatía el noble propósito que ustedes tienen de moralizar nuestra novela.

Armando Palacio Valdés.

Abundo en las ideas que sustenta la Biblioteca «Patria», estoy enteramente conforme con sus elevadas miras y hago votos por el éxito que merece la patriótica obra á que se dedica.

El Duque de Rivas.

Me parece admirable el proyecto de Vds. y aplaudo con ambas manos sus novelas.

Manuel Polo y Peyrolón.

La Biblioteca «Patria» por su ya larga historia y por su limpia y cristiana tradición, merece mi más ferviente simpatía.

Ricardo León.

OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS ❋ ❋ PERSONALES. ❋ ❋

Insértase en este lugar, para edificación de todos y honra de ellos, la relación de buenos católicos que desde la primera insinuación del Patronato Social de Buenas Lecturas han acudido con su dinero para la fundación de premios á las lecturas sanas.

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, (Madrid), un premio anual de 500 pesetas.

Srtas. Juana y Rosa Quintiana, (La Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Excmo. Sr. Conde de Villafuertes, (Vitoria), un premio anual vitalicio de 500 pesetas.

Sra. D.ª Angela D. de Rovera, (La Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Sra. D.ª Justa Sundheim de Doetsch, (Huelva), un premio temporal de 125 pesetas anuales.

Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo, (Medina del Campo), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales.

Sr. D. José Ignacio de Urbina, (Madrid), un premio anual vitalicio de 250 pesetas.

Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 250 pesetas anuales, en honra de sus finados padres.

Srta. Marquesa de Villafuerte, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Excmo. Sr. Conde de Cirat, (Rentería), un premio temporal de 250 pesetas anuales.

Srta. Santina Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Srta. María del Pilar Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Sr. D. Narciso Nores Salgado, Marín (Pontevedra), un premio temporal de 500 pesetas.

Sra. D.ª María Teresa Ventoso, Icod (Canarias), un premio temporal de 125 pesetas anuales, en memoria de sus parientes difuntos.

Excma. Sra. Condesa de Sietefuentes, Icod (Canarias), un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sr. D. José Tartiere, Oviedo, un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sr. D. Isaac Megía, Ocaña (Toledo), un premio de propaganda de 100 pesetas, en memoria de su difunta esposa doña Felipa Sánchez Pacheco.

Sres. Domecq, Jerez de la Frontera, un premio de 500 pesetas anuales.

Sra. D.ª Teresa Ballester, Viuda de Martí, (Barcelona), un premio temporal de 500 pesetas, en memoria de su esposo D. José M.ª Martí y Coll.

Preciso es rendir á estos buenos católicos, á estos buenos españoles, el homenaje de nuestra admiración, pidiendo á Dios que fructifique su nobilísimo ejemplo.

Imp. de la *Biblioteca «Patria»*.

Nuestros pueblos latinos no tendrán independencia sino á condición de que en ellos predominen estos dos factores fundamentales del genio de la raza: la religión católica y el castellano del idioma. El verdadero patriotismo consiste, pues, en fortificar dichos baluartes contra la hostilidad de las naciones imperialistas. A esto aspira con sus obras el «Patronato Social de Buenas Lecturas».